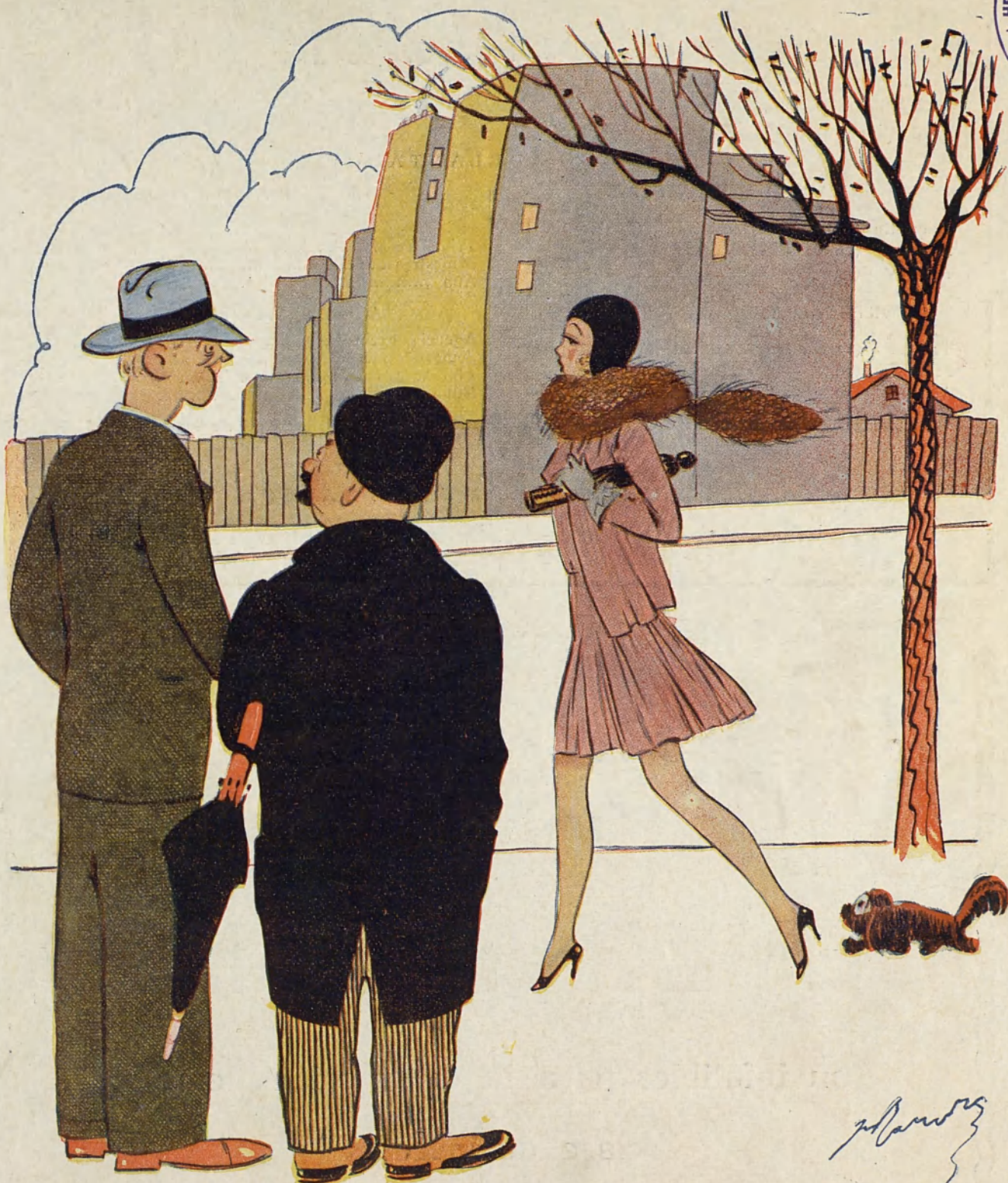


# BUEN HUMOR

40 CENTIMOS

99



—¡Qué criatura más linda! Voy a seguirla, don Gustavo.

—¡Cuidado, pollo! ¡¡Yo seguí durante ocho días a una mujer y luego me ha seguido ella a mí toda la vida!!

Dib. de RAMIREZ.

Ayuntamiento de Madrid





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

### EXTRANJERO

#### Unión Postal.

Trimestre .....	9 pesetas.
Semestre .....	16 —
Año .....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: <b>Manzanera</b> . Independencia, 856.	
Semestre .....	\$ 6,50
Año .....	\$ 12
Número suelto .....	25 centavos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. - MADRID. - Apartado 12.142

## Los famosos

## polvos insecticidas

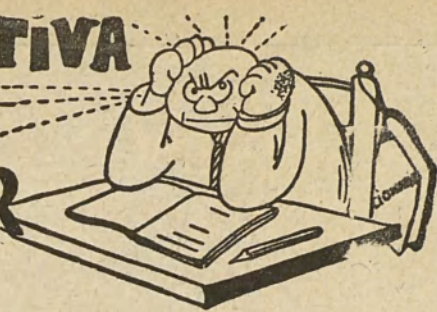
# LEYER Y COMP.<sup>A</sup>

Son infalibles para la destrucción de toda  
clase de insectos





# SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

## SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS PUBLICADOS EN FEBRERO

26. No me contestes, testarudo.—27. Su mamá le contaba cuentos.—28. Allá veremos.—29. Paga noventa duros de casa.—30. Ese se pierde de vista.—31. Son paganos.—32. La pobre no sabía nada.—33. Unas medias a rayas.—34. Este mundo es una jaula de locos.—35. A Redondela.—36. Dele usted expresiones.—37. Haré los imposibles por complacerla.—38. De dos en dos.—39. Ya traspasó la tienda.—40. Se cansa tanto como antes.—41. Tomo las de Villadiego.—42. Da una en el clavo y ciento en la herradura.—43. Recapacitaré sobre ello.—44. Detrás vendrá que bueno me hará.—45. Enrito.—46. A la cama, a la cama.

## ALBERTO

Pulseras de pedida  
7. CARRETAS, 7

59.—Qué es el Concordato.

	15	
	10	
RIO		CABEZA
500		500

61.—Lo que fué Primo de Rivera.

Cerradura de marca  
DÉSPIDE  
BRAZO PIERNA  
500

58.—Qué chica más aprovechada.

La azucena  
Juramento, 1000 ou8is  
LA

60.—¡Bonitos pendientes!

INQUIERE  
Z A  
HOYO

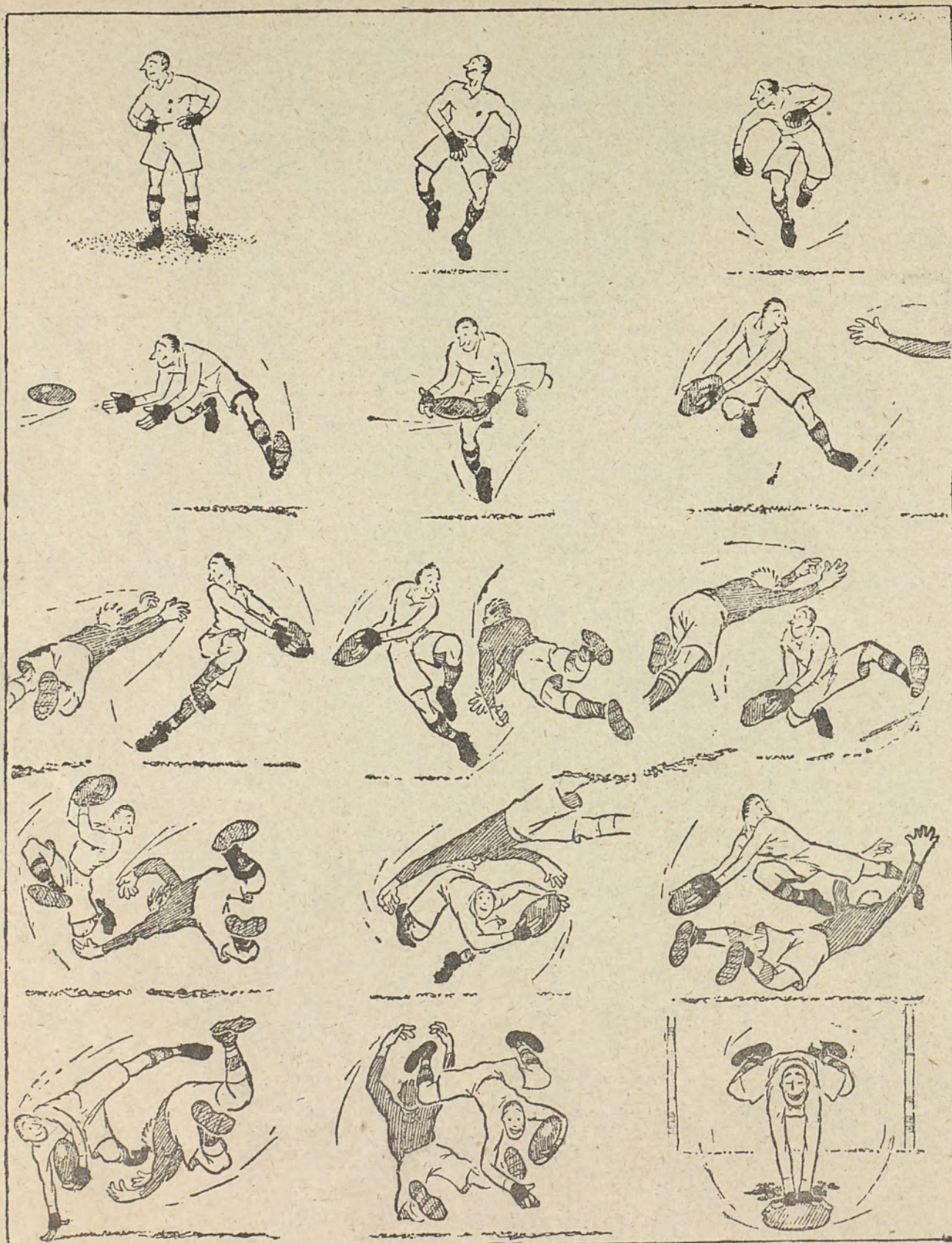
62.—Es muy inocente.

AAA  
NOTA  
PEON RUSTICO  
NOTA  
CERTEZA



EL PODER DE LA MIRADA—Por H. M. Bateman.





EL SUEÑO DE UN JUGADOR DE "RUGBY"

(De *Punch*, de Londres.)

mos a  
xima  
mol o  
leche,  
sobra  
Per  
fué s  
más,  
tigua  
un pa  
amen  
habla  
se za  
Ange  
rragu  
solon  
El  
teand  
de a  
chez,  
entra  
pura  
tes y  
Pe  
era c  
para  
quill  
treta  
que  
Y  
taño  
cues  
"P  
cos  
"pa  
"L  
com  
bres  
"P  
llete  
dor  
en o  
N  
anda  
suda  
lo y  
rom  
lla  
nos



## EL SUDOR DE SU FRENTE...



ENTRAMOS la otra mañana en un café no frecuentado por nosotros hasta ahora. Teníamos que terminar con urgencia un trabajito, y nos agarramos a la tabla de salvación más próxima que hallamos: la tabla de mármol de una mesa de café, con café, leche, diván y un terrón de azúcar sobrante.

Pero el café, por esta vez, no nos fué servido solo; nos fué servido, además, con camarero. En la mesa contigua a la nuestra comenzaba a comer un parroquiano, y el camarero, a fin de amenizarle la comida, se encargó de hablar y más hablar, mientras el otro se zampaba un Cerro de los Angeles de arroz, unos esparraguitos, unos callos, un buen solomillo y un flan.

El camarero comenzó picoteando en varias menudencias de actualidad. Que si el Sánchez, que si el Guerra, que si el entra y sal, que si hay que depurar, que si las Constituyentes y los reconstituyentes...

Pero se vió que todo aquello era como los "hors d'oeuvres" para el otro: aceitunitas, quisquillitas, menudencias para entretener el estómago hasta que llegara el plato fuerte.

Y llegó; con el molde montañoso del arroz, llegó la cuestión social:

"Es que se figuran los ricos que el mundo entero es "pa" ellos..."

"Los "potentaos" avasallan, como si no hubiera más hombres que ellos solos."

"En cuanto se forran de billetes, ya, "pa qué"... El sudor del trabajador no se "tié" en cuenta "pa ná"..."

Nosotros, con todas éstas, andábamos sudando tinta y sudando el quilo y hasta el quilo y medio, porque era obra de romanos terminar cada cuartilla en pleno mitin. Todo se nos volvía mirar el pavimen-

to, a ver cómo corría por el suelo el sudor de aquel infeliz, trabajador sudoroso del gremio de camareros...

Cada cinco minutos o así ponía un plato, un vaso, una cucharilla y una copa delante de un parroquiano, y cobraba por esta operación veintito de propina, como mínimo: el ínfimo, y ultrajante, y deprimente, y bochornoso interés "propinante" del 40 por 100 de la cuenta...

A veces, el trabajo era más rudo: tenía que traer un plato de callos y hasta un cestillo de pan de Viena, y tenía que cambiar los cubiertos y que descorchar una botella... Sudaba a chorros aquel trabajador benemérito y sudorífico... Tan extenuado estaba que no tenía, en muchas ocasiones, ni fuerzas para murmurar las gracias cuando el cliente le entregaba la propina.



Dib. SILENO—Madrid.

Sufriamos, lector... Cada gota de sudor de aquel trabajador era una puñalada de dolor que nos daban en el alma. Teníamos el corazón traspasado por siete cuchillos y por siete tenedores: los siete tenedores y cuchillos que tuvo el camarero, jadeante, que cambiar al implacable comilón a quien servía.

Otro detalle, y no flojo, aumentaba nuestra admiración por el camarero camarada, por aquel hermano nuestro en sudores y yugo irredento. Aquel víctima social hablaba amistosamente al hombre que engullía, a pesar de que el hombre que engullía era, sin duda, un honorable miembro de la Cofradía del Dinero. Imposible comer tal número de platos si no se cuenta con el numerario que hace falta para cos-

tear el importe. El camarero, además, le había hecho, al principio de la conversación, las preguntas de cortesía que corresponden a todo el que quiere interesarse por la vida del interlocutor; y no le había preguntado ni por la familia, ni por los usureros, ni por los negocios; por ninguna de esas cosas inherentes al trabajo; le había preguntado por el baile, y por los amigos, y por la "Fulana"... "La que ha venido por aquí algunas veces es la Martina, aquella chica rubiales..." Y empleaba para esto el mismo tono que hubiera podido emplear para hablarle de la carta. Era algo así como decir: "El plato que ahora hacemos los viernes es aquel de ternera con guisantes que tanto le hacía a usted—¿se acuerda usted?—chuparse los dedos..."

Era, pues, indiscutible que aquel respetable cliente pertenecía al gremio de comer, beber y arder, y que tenía, sin duda, dinero para permitirse una vida persistente y normal de metódico regodeo. El camarero, por lo tanto, víctima del trabajo, paria de la servilleta al hombre, hablaba a un privilegiado de la suerte y de



la fortuna, y le hablaba sin rencor, sin tener en cuenta nunca la diferencia de clase y la diferencia de bolsillo.

Estuvimos para levantarnos y decir: "¡Oh, corazón grande!... Hijo de la injusticia, hijastro de la vida, buey unido a la carreta del trabajo, ¡ven con nosotros y formemos la pareja!... Nosotros hacemos el buey igual que tú... Vamos trazando líneas paralelas en este papel blanco, lo mismo que el buey, con el paciente arado, va trazando los surcos en la tierra..., lo mismo que tú aquí, día tras día, vas trayendo..."

Pero, ¡ah!... Tal cosa oímos de pronto, que el discurso se nos atascó en la garganta. El cliente comilón, una vez acabado el rebaño del último plato, una vez frente a la taza de café, y ante la copa de coñac, y ante el buen puro, había recobrado el uso de la palabra y acababa de preguntar al pobre camarero por "su finca"...

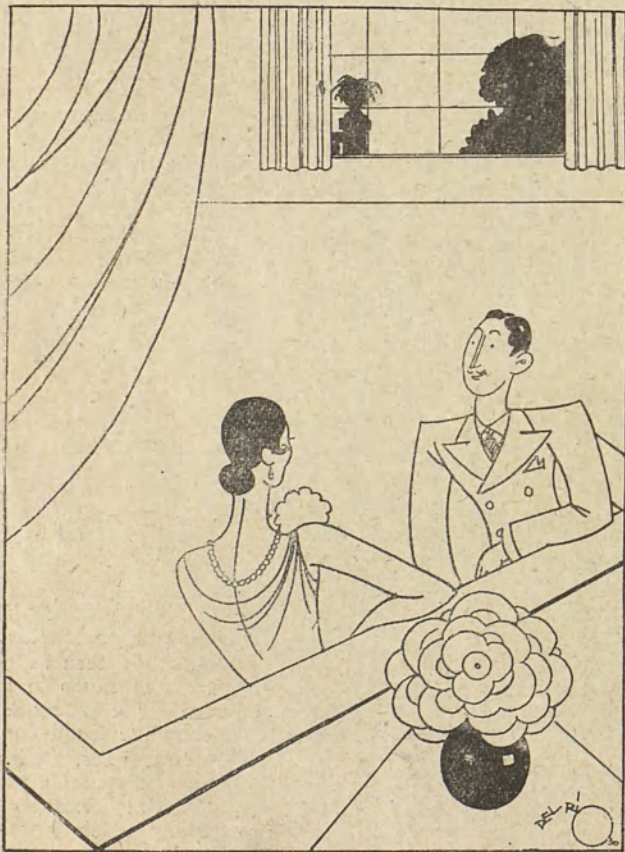
El camarero, al oír esto, se explayó. Y entonces nos enteramos, ¡oh, lector!, que tenía el angelito del café

con leche 25.000 pies de terreno..., y cientos de avellanos y moreras..., y no sabemos qué más... El café nos daba vueltas..., los oídos nos zumbaban..., y en medio de la zumba oíamos al camarero, que volvía a su tono quejumbroso de infeliz paria oprimido...: "Total, "na"... "Pa" que cojan los chicos tres lechugas y unas coles "pa" comer." "Buenos paseos me han costado esos 25.000 pies."

No escuchamos más, lector... Dimos el 40 por 100 de propina al desamparado aquel de la suerte y la fortuna, y dejándole con sus 25.000 pies salimos nosotros a la calle con ciento cuatro pies: ciento, los del ciempiés que habíamos escrito, como de costumbre, en las cuartillas, y cuatro de las extremidades que Natura nos ha concedido para andar por este mundo.

(Garantizamos la veracidad de esta historia, recogida directamente del natural. Esta historia pertenece—lo juramos—a la Historia Natural.)

MANUEL ABRIL



El.—¿Recibió usted mi última novela?

Ella.—Sí. ¡Qué amable! ¿De veras será la última?

Dib DEL RÍO.—Barcelona.

## EL GANCHO DEL TRAPERO

Cruzando la otra noche la calle de Esparteros, tropezó una señora con un extraño objeto.

Alzólo, y con sorpresa halló un clavo pequeño, torcido por la punta

y atado a un palo grueso.

—¿Quién eres?—preguntóle turbada por el miedo.

—Soy—respondió el juguete—un gancho de traperero.

—¿Y en qué te ocupas, dime?

—Me arrastro por el suelo, y en él, suelta la gana, recojo cuanto puedo.

Las galas que a la hermosa aún más hermosa hicieron;

las hebras desprendidas de sus rubios cabellos;

el lazo o flor que, ufana, lució sobre su pecho;

el guante mustio y roto, tumba de tantos besos;

la carta hecha pedazos, de amor programa bello,

que se quedó en preámbulo sin pasar a decreto;

el juguete del niño;

del sastre, los remiendos; la colilla del pobre;

el asta del peinero;

y entre estos desperdicios, algún trapito nuevo,

alguna linda joya

perdida por su dueño;

y todo, todo al punto,

recojo y echo al cesto.

—Hijos de un mismo padre, vinimos a este suelo—dijole la señora

al gancho, sonriendo.—

Yo, como tú, recojo

cuanto a mi lado veo,

sin que jamás distinga

lo malo de lo bueno.

Tú sirves al humilde

y yo a más altos dueños.

Tú eres el pobre gancho

del infeliz traperero.

Y yo (que, por mi rango,

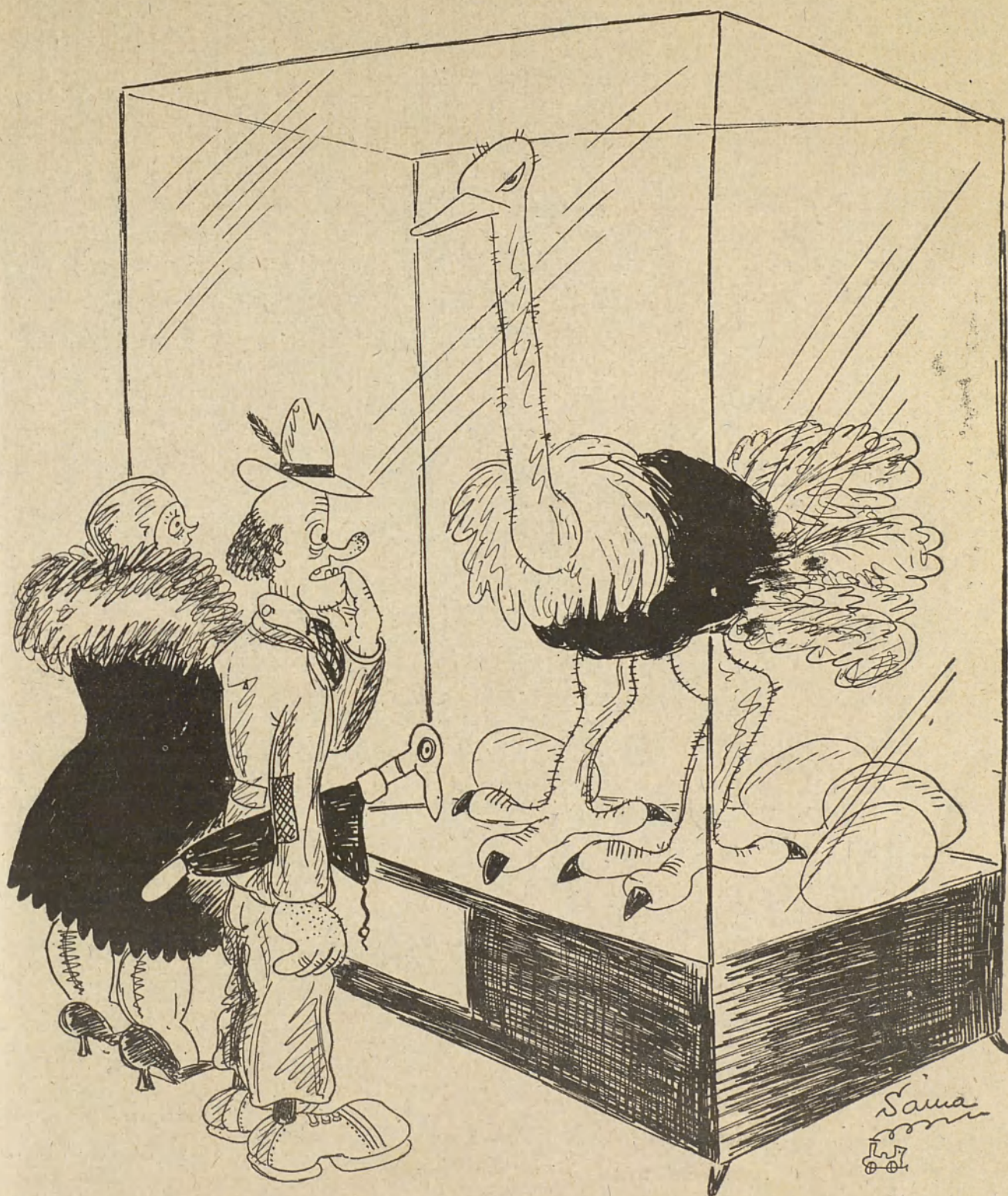
merezco mil respetos)

la censura eclesiástica,

que aun vivo en estos tiempos.

EL NARRADOR





El señor.—La entrada es cara; pero se ven animales rarísimos.

El avestruz (aparte).—¡Pobrecillos! ¡Si supieran que a mí no me ha costado nada verlos a ellos!

Dib. SAMA.—Madrid.



# LA POBRE SIN FUMAR

Traducción del francés del cuento «La poudre sans fumée»

## I

Había un viento que estremecía la piel, poniéndola así que si ella estuviese golpeada. Los caminos estaban colmados de nieve; un viento muy fuerte estaba sopla que te sopla; no se veía un pájaro por el aire, ni persona de paz en aquel lugar.

Una mujer, vieja todavía, todo al aire su cabello, caminaba muy lentamente; ella parecía llamarse Jacque-

line, más ella atendía por la gran madre. Ella tendría de sesenta a sesenta y un años, ella andaba en un triste va y ven, con aire rendido, como si ella estuviese desfondada.

Después de andar largo tiempo, ella arribó a una granja sita en el medio de la carretera. Golpeó a la puerta, y una voz de hombre mal encarado demandó detrás de la puerta:

—¡Nombre de Dios! ¿Quién es?

—Por nuestra Dama (1), haga usted el favor de abrir, si él le place a usted.

La puerta se abrió toda de un golpe, y un hombre ya antiguo apareció. Al ver a la mujer, le dijo con voz de trueno lejano:

—¿Qué es que usted quiere?

—Tengo hambre.

—Tome usted—y le dió un trozo de pan usado.

—Está duro—dijo la mujer.

—Para el hambre no hay pan duro.

—¡Oh, sí! Pero es que yo ya no tengo dientes en la boca; yo no puedo comer del pan.

—Pues come... yerba—díjole cruelmente.

—¡Oh, mi Dios, que yo soy desgraciada!—; y ella lloró.

Un trueno sonó, después cayó un rayo, después la lluvia cayó poco a poco y después la nieve volvió a caer con tal intensidad, que aquello ponía la piel de zanahoria. La mujer cayó desmayada, y el hombre la cogió por la rabadilla y la puso dentro de la granja.

## II

La joven hija del granjero acabó de aparecer en la cámara. Ella miró a la pobre mujer, después miró ella a su padre, y después ella también miró a su alrededor.

—Y bien—dijo—: ¿es que esta mujer es muerta?

—¡No, mi Dios!—contestó el padre—; ella está desmayada porque ella está hambrienta.

—¿Y por qué está hambrienta?

—Porque no come.

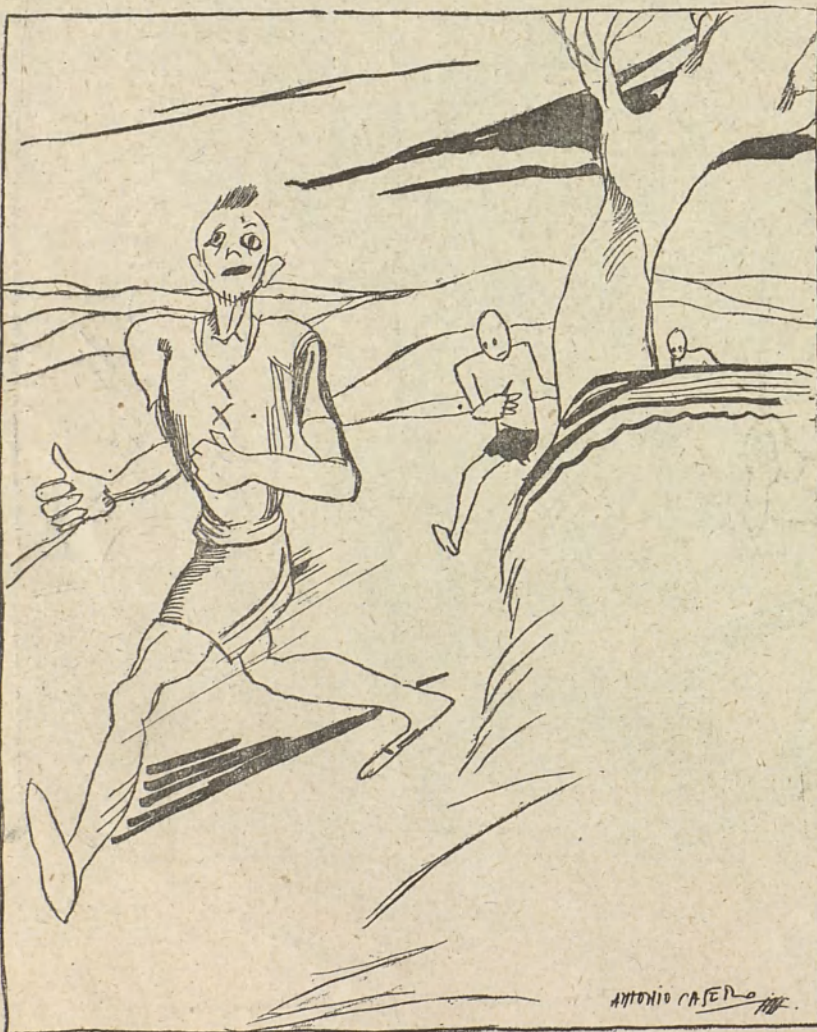
—¿Y por qué no come?

—¡Parbleu! (2) porque ella es pobre, pero honrada.

La joven hija se fué a la vieja, la levantó en peso y exclamó con voz argentífera:

—No pesa, no, en verdad, la buena dama.

Dejóla caer dulcemente sobre una damajuana, golpeóle la cara, soplóle las narices, y con una regadera rocióle el rostro, que las penas y los años,



—¡Qué fatiga!... Verdaderamente que no sé quién me mete a mí en estos trotes...

Dib. CASERO.—Madrid.

(1) Se refiere a Nuestra Señora de París.—N. del T.

(2) Exclamación intraducible, que se asemeja a nuestro ¡rediez!



más aquéllas que éstos, habían convertido en una birria.

La pobre mujer abrió los ojos y demandó:

—¿Dónde estoy?

—En la granja de "El chato negro".

—¿Es que es por eso que en la puerta hay pintado un minino oscuro?

—Sí, porque mi padre es protector de los animales enemigos del hombre.

—¡Oh!, que es él bueno.

—Y bien, ¿adónde iba usted?

—Donde va lo que zozobra.

—¿Y cómo iba usted?

—A pie y sin dinero.

—¿No lo tiene?

—Ni una linda perra, ni una hoja de tabaco...

—Entonces, ¿es que fuma usted?

—Sí, señora; y ya estoy sin fumar, él hace hoy cuatro días.

—¡La pobre sin fumar! Mi padre, ¿cómo consiente usted esta crueldad? Hale, déle tabaco.

Y aquel hombre terrible tembló ante su pequeña hija, que erguía su alta figura como una diosa desidiosa.

—Es que yo no sabía que ella fumaba—; y sumiso, con un aire de pe-

rro apaleado, entró en la cámara y salió a poco con una bolsa de tabaco.

—Tome usted, señora.

La bolsa llevaba una inscripción, una miniatura y unos bordados en oro con piedras preciosas. La vieja, al ver la bolsa, quedó absorta, y de pronto lanzó un grito:

—¡Oh, mi Dios!, que esta bolsa la conozco, ella ha estado mía.

—¿Cómo?—dijo la joven.

—¿Qué es que usted dice—dijo él.

—¡Oh, sí! Esta bolsa fué de mi padre, este es su retrato; yo la heredé y se la entregué a mi primer amor y al único de mi vida, a mi Pedro Dupont, el Tiñoso.

—¡Mi padre!—exclamó el hombre.

—¿Su padre?—preguntó la mujer.

—¡Mi abuelo!—sollozó la joven.

—¿Su abuelo?—interrogó la anciana.

Hubo un silencio enorme; a lo lejos se oía el zumbido de los abejarucos y el vuelo de las pajaritas de las nieves. Se miraron los tres de hito en hito, con los ojos fuera de las órbitas.

—Entonces, usted es mi abuela—dijo la niña.

—Sí, su padre es hijo de Pedro Du-

pont, el Tiñoso; yo soy su gran madre.

—¡Abuela!—y se confundieron en un gran abrazo. Y luego exclamó el granjero:

—¡Madre!

—¡Hijo!—y ambos se comieron a besos chupeteados.

Ella estuvo una escena sentimental y conmovedora, digna de ser descrita por la bien cortada pluma del señor de Ponson du Terrail, ya difunto.

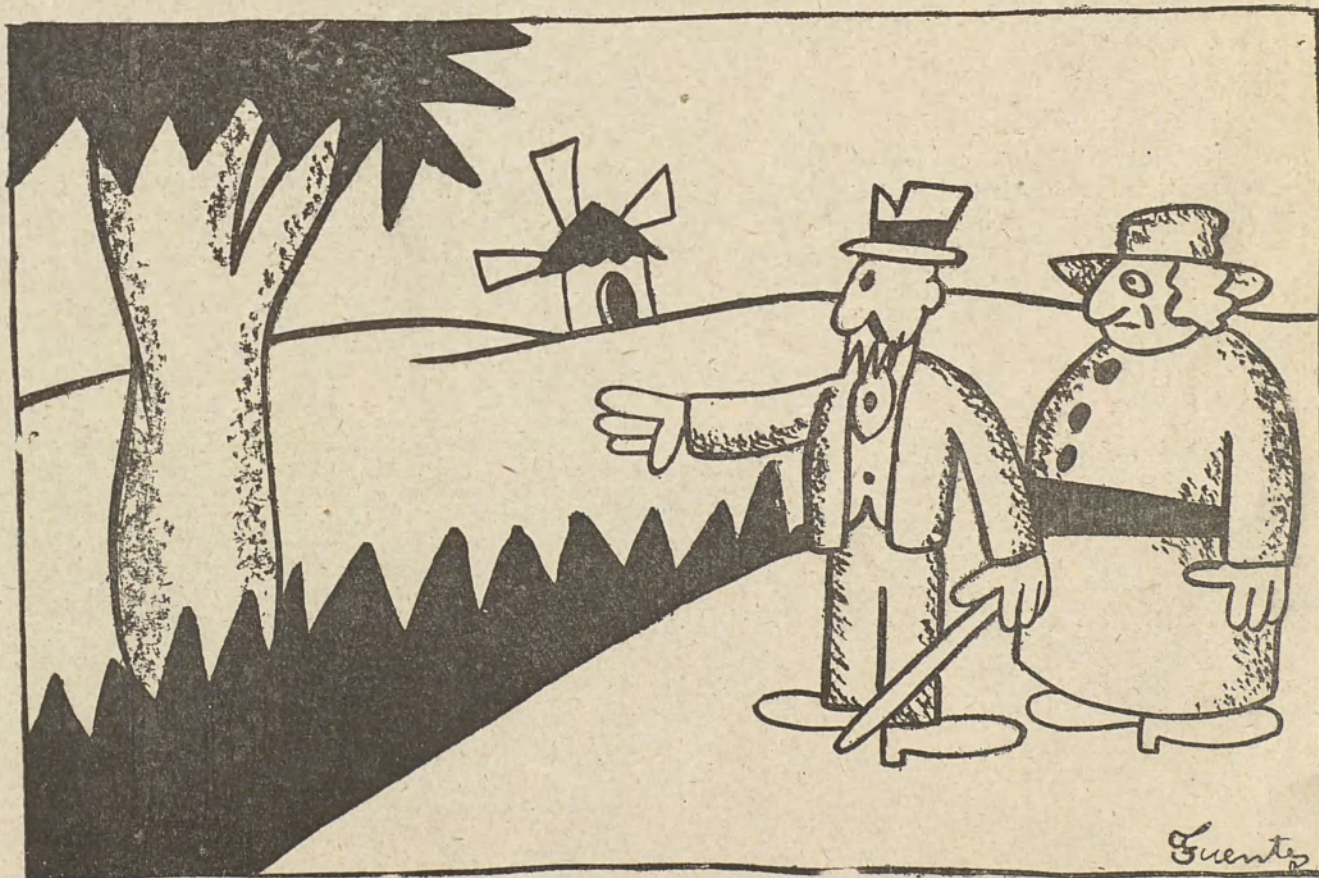
\*\*\*

Pasó la tormenta, alejóse el trueno, el tiempo nublado tornóse sereno. La pobre mujer, aquella pobre mujer que ella no fumaba, encontró en un día, en un momento, tabaco, comida, hija, nieto, todo junto. Y es que nosotros no debemos perder la esperanza de ser felices, aunque nos estén dando con la badila en los nudillos.

Mas, a veces, somos impacientes y nosotros desesperamos si antes de los sesenta no hemos conseguido redondearnos, y eso no.

Es necesario no olvidar la frase del gran Paul de Kock: La felicidad es patrimonio de los tontos.

VICENTE PEREZ-PASCUAL



El.—¿Te acuerdas? Aquí, sentada junto a este árbol, te vi la primera vez.

Ella.—¡Ay!, qué dicha si se repitiese la vida y tú pasases hoy...

El (con remordimiento).—... ¡mirando hacia el otro lado y silbando "la Cirila"!

Dib. FUENTE.—Madrid.



# A MARZO

No es al gran Marzo, que nos baraja  
bajo la bola que sube y baja,  
a quien en verso voy a cantar;  
no es al ministro ni es al joyero;  
es, ¡oh, lectores!, al mes tercero  
de la docena que hay que aguantar.

¡Oh, mes de marzo, realmente odioso  
por ser mes triste, frío y lluvioso;  
mes del ayuno, dime por qué  
mientras nos brindas tartas y flanes,  
apenas zumban los huracanes  
llegado el día de San José.

Antiguamente los confiteros  
y los murguistas y los joyeros  
dábante, ¡oh, marzo!, su bendición,  
y te adoraban los atrevidos  
que iban mirando si los vestidos  
alzaba el aire, ¡que es un soplón!

Mas hoy que llevan la falda corta  
niñas y viejas, ¿a quién le importa  
que el viento zumbe durante el mes?  
Si continuase la Dictadura,  
¡procuraría con mano dura  
prohibirle al viento lo libre que es!

¡Oh, marzo! El juicio se me quebranta  
cuando, aunque advierte la Iglesia santa  
que está en tus días la *Encarnación*,  
les manda a todos, con modos finos,

que no se encarnen los intestinos  
con solomillo ni salchichón.

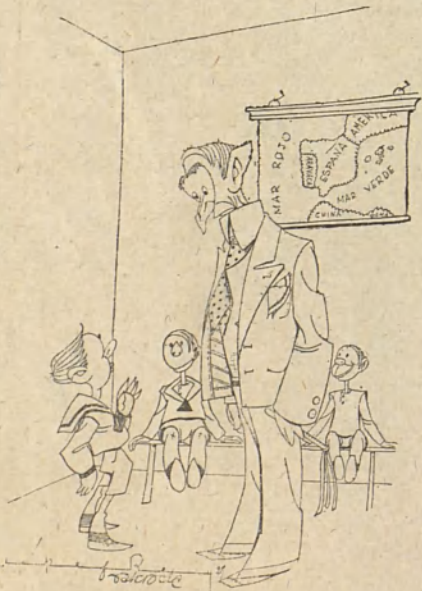
Ya, mes de marzo, no traes ciclones;  
traes chaparradas... o chaparrones,  
que no nos causan ningún placer.  
Nos tienes, marzo, muy descontentos;  
si vientos corren, son "malos vientos"  
para el que busca donde comer.

O, por lo menos, para el pobrete  
que antes compraba más de un filete  
y hoy, que los precios subiendo van,  
puede tan sólo comer lentejas...  
si no se nutre de gallinejas  
o de cordilla, sin fe... ni pan.

¡Marzo, nos chinchas con tus chubascos  
mientras preparas curiosos chascos  
al *elegible* y al *elector*!...  
A los partidos pillas en guerra...  
¡y a mí me pillas sin una perra!  
chica ni grande, que es lo peor!

(Como estas líneas de mal coplero  
tengo que hacerlas aun en febrero  
para que a tiempo puedan llegar,  
si no se cumple lo de las lluvias,  
¡oh, mis lectoras, negras y rubias!,  
me habréis por ello de perdonar.)

JUAN PEREZ ZUÑIGA



—¿Y dice usted que el agua hierve a los cien grados?

—Sí, hijo mío.

—¿Y cómo sabe el agua cuándo llega a los cien grados?

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.



—Hay sitios en Zaragoza donde por dos pesetas se corren juergas formidables. ¡Tienen fama!

—¡Sí, hombre! ¿Quién no ha oído hablar de los "sitios de Zaragoza"?

Dib. VALLS.—Madrid.



—Lolita no tiene buena voz, pero canta con buen gusto.

—No digas eso; que si tuviese buen gusto, empezaría por no cantar.

Dib. LORENZO.—Madrid.



EL DENTISTA. Historieta de Sánchez Vázquez.—Málaga.



1.—¿Está don Arturo, el dentista?  
—Sí, señor; pase usted.



2.—Pase por aquí.



3.—Tiene usted la boca casi bien.  
Una extracción, dos empastes y una limpieza.

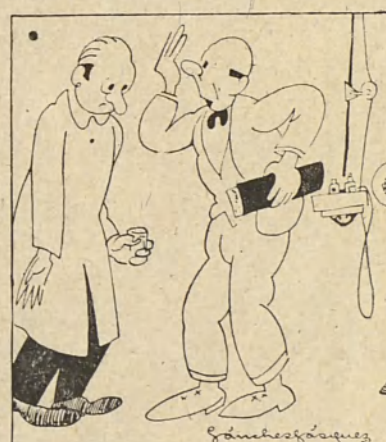


4.—Ya está la extracción. No le ha dolido nada, ¿verdad?

**OROCREMA**  
JABON DE ALMENDRAS

**USELO**  
ES EL MEJOR TRATADO  
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE  
**LOS PERFUMES**  
**DE TASARA**  
BADALONA



5.—Enjuáguese, escupa y vuelva mañana por aquí a la misma hora.  
—Pero, hombre, ¿si yo venía a cobrar la facturita del camisero!

# ¡VAYA NEGOCIO!

Sí, sí..., desde luego...; claro, claro..., porque..., nada, nada..., estupendo..., ¡me hincho!...

Ustedes preguntarán: ¿qué es esto? Pues esto es, señores, lo que decía Aníbal Pérez en el momento en que acababa de imaginar un fantástico negocio.

Este Aníbal Pérez era un hombre listísimo y de un talento poco corriente; pero nunca se había dedicado a nada, porque tenía absoluta confianza en que, gracias a su portentosa imaginación, se le habría de ocurrir alguna cosa, algún fabuloso ne-

gocio que le produjese ganancias suficientes para vivir una vida cómoda.

Y, efectivamente: un día se dió una palmada en la frente, dijo: "ya está", y... estaba.

Vean ustedes el negocio.

El se dijo: Si yo me construyo un tranvía exactamente igual a los que hoy circulan, lo pinto cuidadosamente de amarillo, lo pongo un numerito a cada lado, otro delante y otro detrás, pongo una plataforma anterior y otra posterior y además le pongo un trole, nadie, absolutamente nadie será capaz de distinguirlo de un Sol-Ventas

o de un Goya-Puerta del Sol-Argüelles y Rosales. Una vez que lo tenga construido, salgo una noche de casa, sin que nadie me vea, lo dejo perfectamente colocado sobre los rieles más próximos, y a la mañana siguiente alquilo un conductor, que lo uniformaré como manda la Compañía, y yo, también uniformado y actuando de cobrador, tocamos un poco el timbre, se nos llena de viajeros el coche, y a cobrar.

Ventajas de este negocio:

Primero. No me cuesta nada la corriente.



Segundo. No pago contribución.

Tercero. No hay desgaste de rieles.

Cuarto. No pago ni limpia-vías ni revisores.

Quinto. Puedo colocarlo en el trayecto que me dé la gana: ¿Que un día hay toros? Pues, Sol-Plaza de Toros. ¿Que otro día hay fútbol? Pues, Sol-Hipódromo. ¿Que un día es Jueves Santo y no dejan pasar por la Puerta del Sol? Pues, Plaza Mayor-Carabanchel, etc., y

Sexto. Todo el dinero que cobre, descontando tres pesetas que dé al conductor, me lo embolso íntegro.

¿Es o no es negocio? ¡Claro que sí, hombre, claro que sí!

Y Aníbal Pérez puso manos a la obra.

Compró madera, hierro, hoja de lata para los letreros y cristales para las ventanillas, y armado de una sierra y un martillo comenzó la construcción del coche. Quince días pasó sin descansar ni un instante; pero al cabo de estos quince días se encontró con el tranvía terminado. A cobrar, se dijo.

Y como lo había pensado lo hizo.

A las cuatro de la mañana bajó el coche por las escaleras, teniendo mucho cuidado de que el timbre no sonase, para que nadie lo notara; lo dejó sobre la vía y, después de haber

contratado al conductor, se fueron los dos a vestirse de tranviarios.

A las seis de la mañana ya estaba cada uno en su puesto. ¡A las seis y cinco subió el primer viajero! El coche se puso en marcha. Aníbal, gorra en mano, se dirigió al viajero:

—¿Me hace usted el favor, querido caballero?

—Sol.

—Quince céntimos, señor.

—...

—Muchísimas gracias, y a mandar.

En un momento subieron dos, tres..., veinte viajeros más. ¡Ya tenía el jornal del conductor! De ahora en adelante, todo para él. ¡¡Vaya negocio!!

Pero como en esta vida traidora nunca sabemos detrás de qué espesa maleza se oculta la adversidad, esa sombra maldita que nos persigue por doquier, esa sombra que nos atrapa con sus férreos brazos cuando nos hallamos más descuidados, esa sombra que... tiene nombre de mujer y basta; no cabe luchar contra ella, y, claro es, cuando más ajenos nos hallamos, nos hunde su frío puñal forjado al fuego lento del reino de Satán.

Pues, como íbamos diciendo—pido perdón a los que hayan llorado con el párrafo anterior—, una desgracia inesperada vino a echar por tierra aquel grandioso negocio.

Lo acontecido fué lo siguiente:

Subió un guardia, y el cobrador, mejor dicho, Aníbal, como de costumbre, se fué a él gorra en mano:

—¿Me hace el favor?—le dijo.

El guardia se quedó un poco extrañado:

—¿Cómo dice?

—¿Que si me hace el favor?

—No comprendo a qué se refiere.

—¡Que si me "apoquina" usted los quinceeee!!

—Yo no pago en el tranvía.

—¿Cómo que no? Ahora mismito, o de lo contrario ya se está usted apeando.

—Pero mire, cobrador, que yo...

—Nada, nada; aquí soy yo el amo, y en mi coche no viaja ningún gorrrón. Abajo ahora mismo o llamo a otro guardia.

Y cogiendo del brazo al extrañado guardia, pretendía ponerlo de patitas en la calle.

Intervino todo el tranvía: puñetazos, patadas, mordiscos y... a la comisaría todos.

Total: que Aníbal Pérez fué condenado, por el delito de estafa, a quince años de prisión mayor, y el tranvía, por supuesta complicidad, a la pena de trabajos forzados. Con un uniforme gris y una X, por ahí le tienen ustedes acarreando arena.



—No me explico cómo se ha podido casar Maruja con Ruperto. ¡Es un jugador horroroso!

—Sí; pero casi siempre gana.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

FRANCISCO LOZANO ACOSTA



DE AÑO EN AÑO

# ¡FELICIDADES, MUJER!

Personajes: Ella, El, La madre de Ella y Un compañero de El.

## CUADRO PRIMERO

Una calle

Ella.—¿Cómo ha adivinado usted que hoy es mi santo?

El.—Cuando se espera merecer la estimación de una mujer, se adivina siempre.

Ella. (Sonriendo.)—Ah, ¿pero usted es... pera?

El.—Espero. Pero si usted se burla, desesperaré.

La madre de Ella.—¡Bonito juego de palabras! ¡Este Pedrín es felicísimo!

Ella.—Y muy galante. Su regalo es precioso.

El.—Una figurilla sin importancia. Un Icaro.

Ella.—Pues a mí me parece un bonito Icaro.

La madre. (Aparte.)—¡Y caro!

Ella.—Vamos, díganos quién le dijo a usted... Si apenas nos conocemos... ¿Acaso doña Micaela?...

El.—No cavilen ustedes. La portera.

Ella.—¿Únicamente?

El.—En combinación diez pesetas.

La madre.—¡Felicísimo!

Ella.—¡Quién iba a pensar!...

El.—Cuando se espera... Y usted se figurará que yo...

La madre de Ella. (Aparte.)—¡Cómo tira los duros este hombre!



## CUADRO SEGUNDO

Otra calle

Ella.—Gracias, Pedrín. Pero es demasiado, ¿sabes?

El.—Demasiado, acaso, sea mi cariño, que estoy a punto de caer en la idiotez más lamentable. Voy por la calle repitiendo tu nombre, y el otro día, ¡graciosísimo, chica!, le llamé Luisita a mi jefe.

Ella.—¡Bobo, adulator, monísimo!... Pero te repito que es demasiado. No me gusta que gastes tanto.

El.—Calla, nena, por favor; me hieres...

## CUADRO TERCERO

Un saloncito

El.—¡Mira, Luisi!...

Ella.—¡Uy!... ¡Precioso!... ¿Cuánto te ha costado?

El.—¡Bah, baratísimo!

Ella.—No. ¿Sesenta pesetas?...

Más, ¿verdad?

El.—¡Qué importa lo que haya costado! ¿Te gusta? Pues eso es lo importante.

Ella.—Dímelo; anda, dímelo...

El.—¡Qué curiosilla eres! Cincuenta pesetas.

Ella.—¿Nada más?

El.—Nada más.

Ella.—¡Pues es magnífico! ¿A que el regalo del año anterior te costó mucho más?...

LA CONSABIDA TIA RICA

—¿Que hoy está mejor su tía? ¡Oh! Se le conoce a usted en la cara.

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.

Ayuntamiento de Madrid





—Chico, estás desconocido; desde que te has casado no te falta un botón.  
—Como que mi mujer me ha enseñado a cosérmelos.

Dib. FOGUES.—Valencia.

#### CUADRO CUARTO

El mismo saloncito del cuadro anterior

El.—¿Han traído una bandeja con dulces?

El.—¡Bah!...  
Ella.—¿No te acuerdas?  
El.—Sí; poco más. Pero el año pasado no estábamos casados. Hoy han cambiado las cosas. Tenemos que ahorrar. Puede venir algún viajero...  
Ella.—¡Cuánto te quiero, Pedrito!

Ella.—¡Ah! ¡Era tuya!...

El.—Sí. Ayer trabajé hasta muy tarde y no pude comprarte nada. Ya sé que te gustan más otras cosas...

Ella.—¡Qué más da!

El.—¿Estás contenta?

Ella.—Te diré... Ahora, sí. Pero antes creí que habías olvidado el día de hoy.

El.—¡Mujer! ¡Qué imaginación tienes!...

Ella.—Parecen buenos los dulces. Y la figurita del centro es fina.

El.—No está mal. Veinte pesetas.

#### CUADRO QUINTO

Una oficina

El.—¿Quiere usted hacerme un favor, Pérez?

Un compañero.—Dígame...

El.—Que me recuerde a la salida que he de hacer un encargo. Llevo un nudo en el pañuelo y el chaleco desabotonado. Bueno, pues, a pesar de todo, temo no acordarme.

Un compañero.—¡Mala memoria tiene usted!

El.—Pésima, sí, señor. Y no quisiera olvidarme hoy... Es el santo de mi mujer, y quiero comprarle unos pasteles.

Un compañero.—¿Pero usted regala, todavía, pasteles a su señora?...

#### CUADRO SEXTO

El mismo saloncito de los cuadros tercero y cuarto

Ella.—¿Qué día es hoy, Perico?

El.—¿Hoy?... Viernes..., sí, viernes.

Ella.—¿Nada más?

El.—¿Por qué lo dices?

Ella.—¿No te acuerdas? (Suspira.)

¡Ya no te acuerdas!

El.—¡Mecachis! ¡Tu santo! ¡Claro!

Ella.—¡Ya era hora!

El.—Perdona, mujer. Es que...

Ella.—No digas nada. No me extraña. Han aumentado las preocupaciones y han disminuído las ilusiones.

El.—Mañana te compraré unos dulces.

Ella.—Harías mal. Mejor será que pagues la cuenta de la modista. Precisamente...

El.—¿Cuánto?

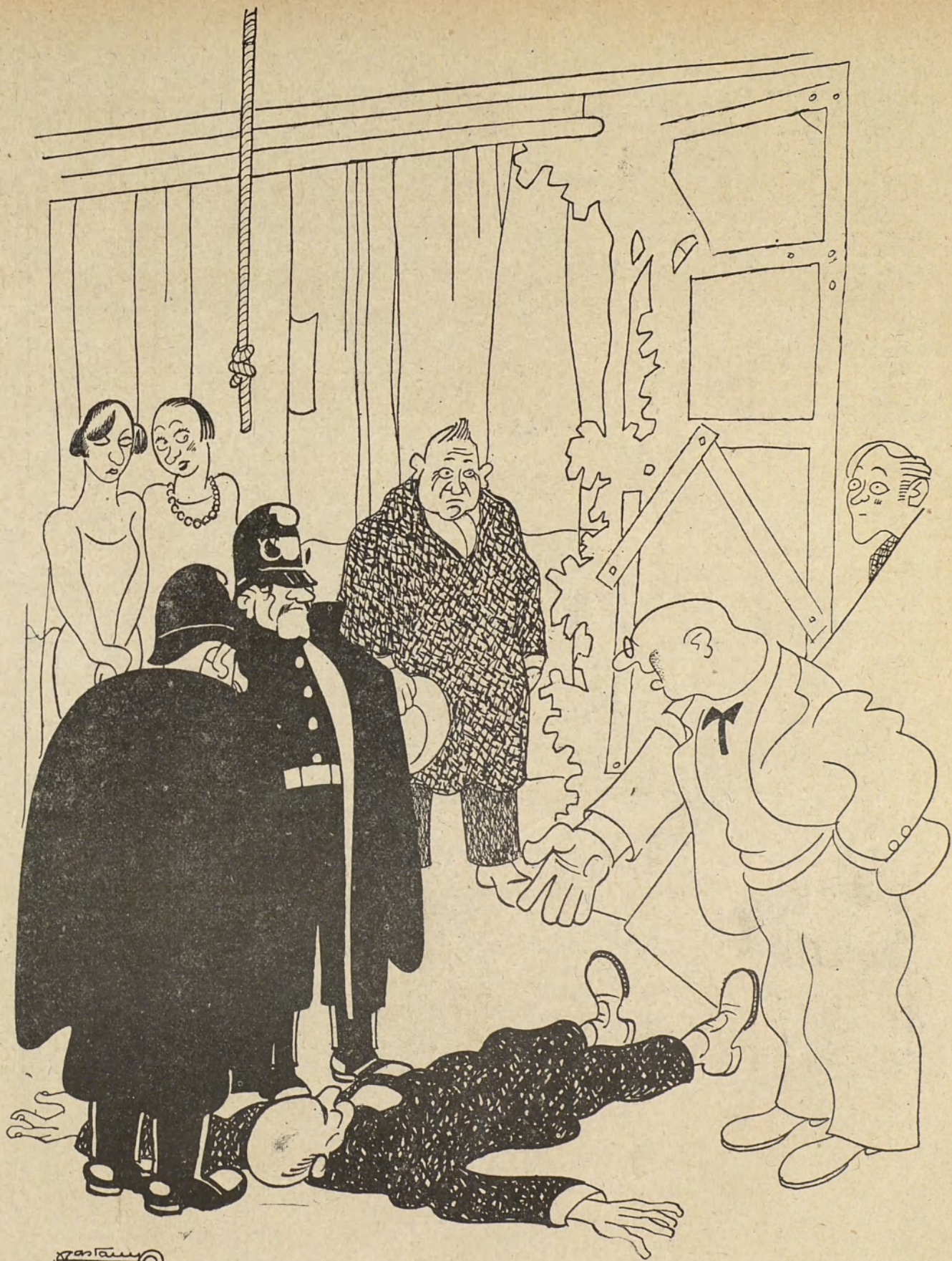
Ella.—Doscientas veinticinco pesetas.

El.—¡¡Felicidades, mujer!!

TELON

PABLO TORREMOCHA





—¿Ha muerto en el acto?  
—No, señor, en el entreacto.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASTANY.—Barcelona.



# EL REGALO

## I

La criada, al escuchar el vibrante sonido del timbre, acudió a abrir. El señorito, que se hallaba atareado en el despacho, hizo una pausa en el trabajo, formulándose todas esas interrogaciones que le sugiere al ser humano una llamada a la puerta de su vivienda.

¿Quién sería? ¿Un acreedor? ¿Un sablista? ¿Uno de esos terribles sujetos encargados de buscar suscripciones para novelas por entregas?

Regresó la fámula, trayendo un ave viva, atada por las patas, y una cartulina de visita. La sirvienta participó:

—Señorito, traen este regalo... ¿Qué hago?

El jefe de la casa leyó en el anverso de la tarjeta:

CANUTO CHAMBON

Cazador de ánades con red

Y en el dorso:

"Modesto obsequio a su prima."

El señorito de la casa, examinando al pato prisionero, exclamó:

—¡Ah! Es un presente para mi esposa. Como la señorita ha salido con los niños, se lo entregaremos a su regreso...

Dirigiéndose a la sirvienta, dispuso:

—Llévese las dos cosas. Deje usted la tarjeta de visita en la alcoba de mi mujer y ponga el volátil en la cocina...

Y, en tono autoritario, concluyó:

—Y cuidadito con tergiversar la orden...

## II

Los habitantes de la vivienda se habían encariñado con el pato. El ánade divertía a todos con sus salerosos andares. Los niños jugaban con el animalito en la cocina. El bicho, al divisar al jefe de la familia, lanzaba sonoros ¡"cuas"! de salutación. La señora, poseedora de un corazón muy sensible, solía decir:

—¡Nunca he visto un ave tan inteligente! ¡Cuánta alegría me proporciona el regalo de mi primo!

Mas llegó el instante trágico, y entonces surgieron inesperados obstáculos. Al día siguiente se celebraba la

fiesta onomástica del dueño de la casa, quien dispuso, para conmemorar dicha fecha, la muerte del pato.

La señora, haciendo gala de tiernos sentimientos, se opuso a la feroz determinación:

—No permito la muerte de un bicho tan simpático...

La criada, solidarizándose con su ama, declaró rotundamente que, de ninguna manera mataría al ánade, pues tal cariño experimentaba por el volátil, que prefería ser despedida de la casa antes que realizar el aleroso crimen. El jefe de la familia, ante esta actitud, declaró, lleno de energía:

—Yo me encargaré de realizar el cometido...

## III

La esposa, al escuchar la confesión, horrorizada, exclamó:

—He aquí, marido, algo que no esperaba de ti... ¿Serás capaz de ejecutar tan villano asesinato? Yo siempre te consideré hombre de buenos sentimientos... Ahora, llena de espanto, descubro que posees instintos de terrible ferocidad.

—Mujer—razonó el esposo—, la cosa no es para ponerse así...

—¿Que no?—replicó la señora, con los ojos inundados de lágrimas—¿Ignoras que el cruel Marat comenzó su carrera ejecutando patos?

El marido, sin objetar nada, se encaminó a su dormitorio en busca del mauser. Los niños, agarrados a las piernas de su progenitor, berreaban, tratando de impedir la ejecución.

Sin observar que no era oída, la esposa continuó:

—No respetas el dolor tan espantoso que causas a mi delicada sensibilidad. Mi corazón sufre intensamente. Preveo que me va a dar una pataleta...

El señor, provisto ya del fusil, se dirigió para la cocina, diciendo, heroico:

—Voy a dar fin del regalo de tu primo...

En el exterior, algunas vecinas co-tillas, atraídas por los chillidos, comenzaron a arremolinarse junto al dintel.

—Te brillan los ojos como a las fieras...—musitó la señora con acento desgarrador.

Los niños aumentaron la intensidad de sus gemidos.

—Aquí ocurre cosa nada buena—



LA MODA

El miope.—Señorita, que se le han caído a usted las ligas.

Dib. CORREA.—Albacete.



rezongó, en el descansillo de la escalera, una de las sabias, comadres.

—¡Yo quiero separarme de ti! ¡Criminal! ¡Criminal!—rugió la esposa.

Se escucharon dos secos disparos de fusil. La dueña de la casa cayó al suelo, víctima de un accidente histérico. La sirvienta, al tratar de buscar el frasco de sales, derribó un aparador. El portero de la finca, informado de que algo grave sucedía en la casa, dirigióse, presuroso, a la Comisaría del distrito, en busca de auxilios...

IV

La criada colocó sobre el blanco mantel de la mesa una fuente con el ánade asado. La habitación se llenó de gustoso aroma.

La señora, rompiendo el silencio que se guardaba desde el principio de la triste comida, dijo:

—He aquí, sin vida, al pobre pato. Tu testarudez, esposo, ha querido inmolarse el regalo de mi primo en honor a tu festividad onomástica...

El dueño de la casa tenía la vista baja, sin atreverse a sostener la acusadora mirada de la esposa. Los niños contemplaban, callados, el descuartizado cuerpo del volátil.

—¡Renuevo mi espanto al cerciorarme de lo que es capaz el ser humano!—denostó la dama, en tanto el jefe de la familia hacía plato a los comensales—. ¡Desolador ejemplo para nuestros hijos! ¡Qué dirán las tiernas criaturas ante la revelación de tu fecundidad!

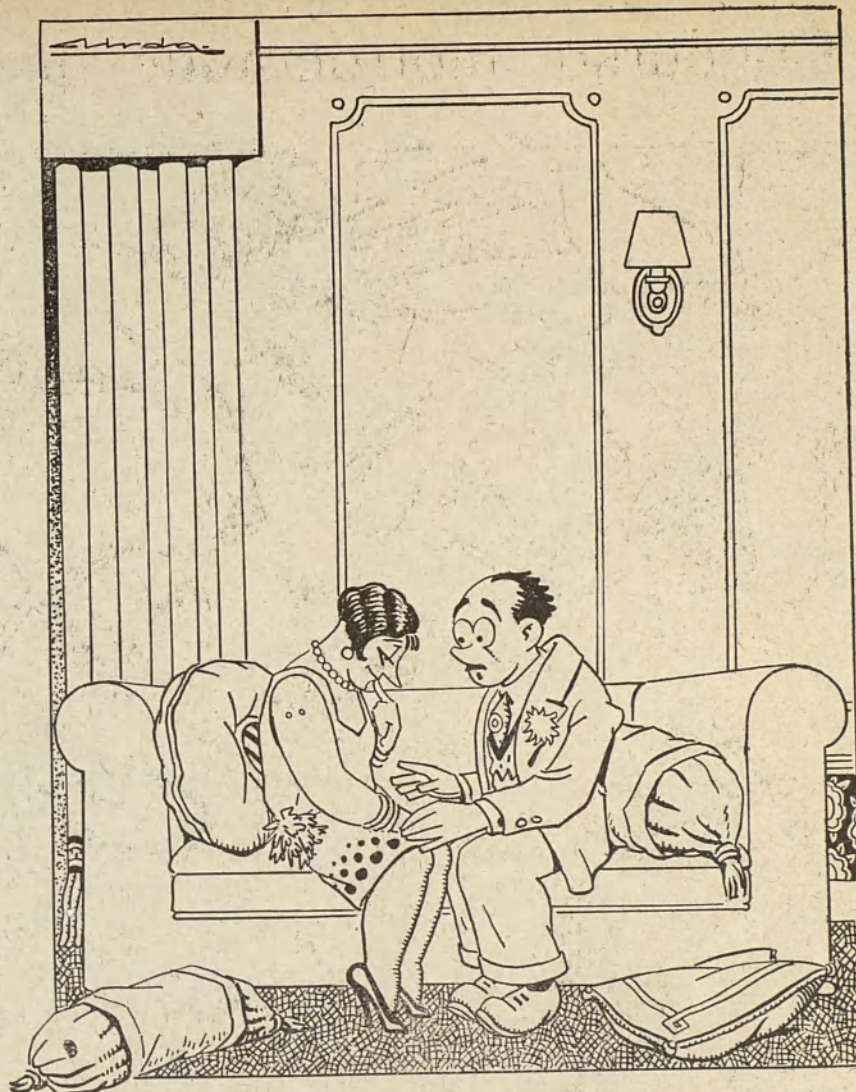
Las criaturas nada dijeron. Trabajaban vorazmente la guarnición de coles de Bruselas que rodeaba al asado servido.

—¡Matar a un bicho tan inteligente, bello y afectuoso!—prosiguió la sensible señora, sollozando ya a lágrima viva—. Siempre tendré presente cómo esparcía nuestro ánimo el pobre pato... A ti, marido, el difunto te apreciaba extraordinariamente. Ya recordarás sus amables saludos... Los niños se entretenían asimismo mucho con el ave en sus juegos... Cuando yo echaba miguitas de pan al ánade, de qué manera me lo agradecía... ¡Y todo ha terminado! ¡Ay, qué tragedia! ¡Qué tragedia!

Luego, con tierno acento, reflejo del delicado órgano sensorio de la atribulada dama, la nobilísima señora, entre dos fuertes gemidos, suplicó:

—Oye, ¿sabes que encuentro a la carne un gusto muy sabroso? Ponme un par de tajadas más...

LUIS ESTEBAN



Ella.—¿Estás seguro de no haber amado nunca a nadie?

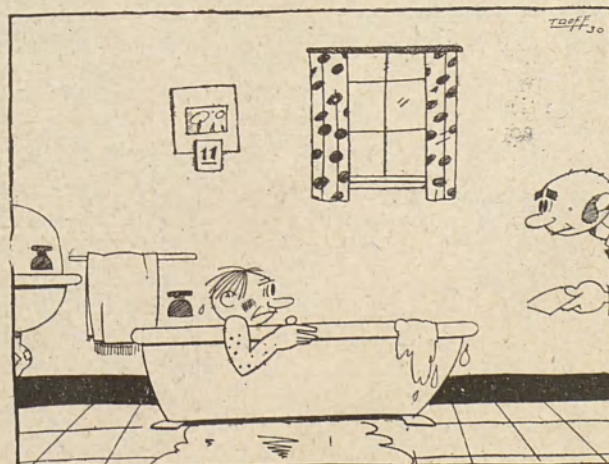
El.—A nadie.

Ella.—¿Y de que nadie te ha amado a ti?

El.—Nadie.

Ella.—Entonces no puedo aceptar tus relaciones. No puedo casarme con un hombre de tan poca experiencia.

Dib. URDA.—Barcelona.



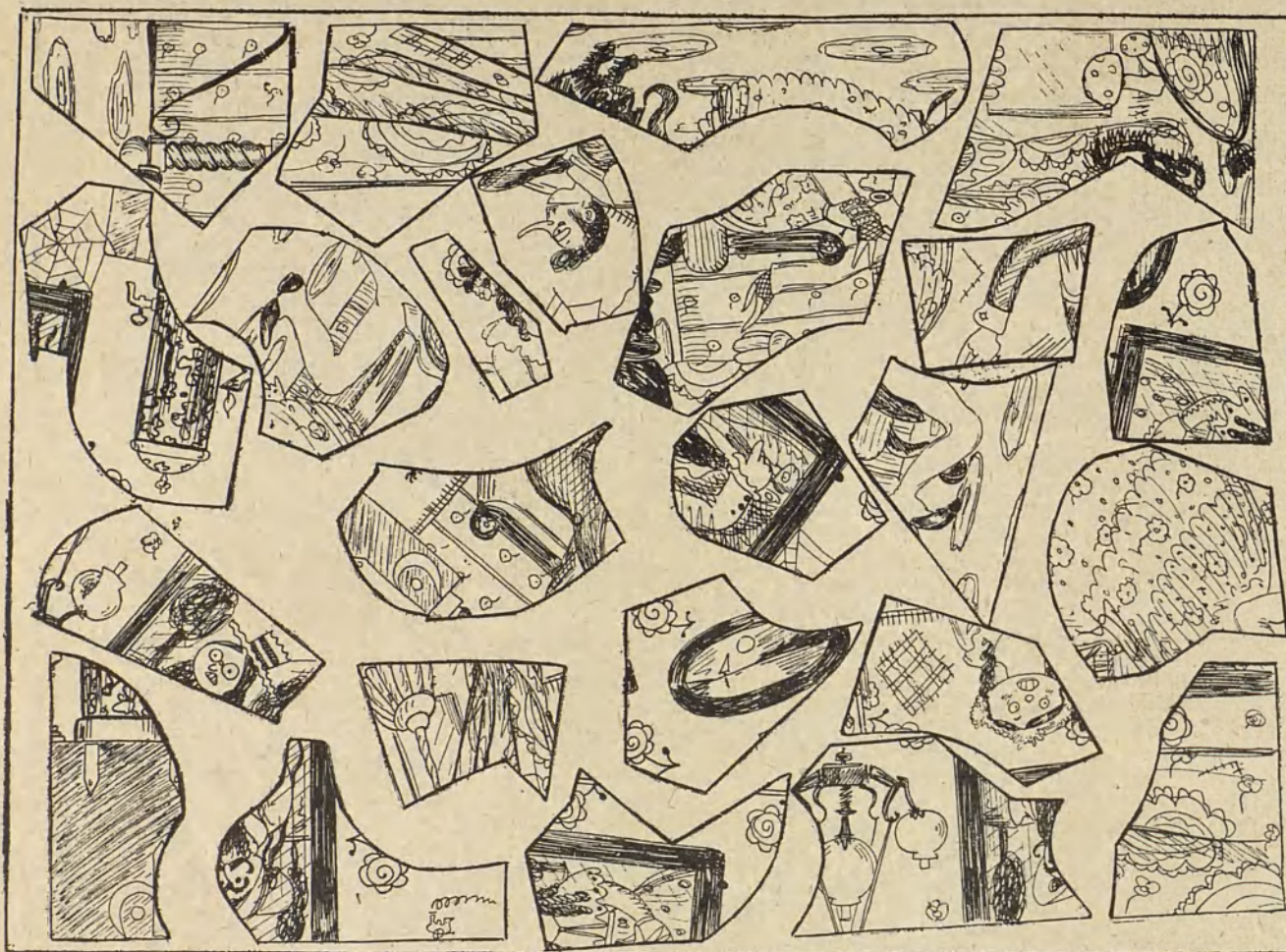
El criado.—Señor, el casero ha traído este recibo.

El señor.—¡Dile que no puedo pagarle, que estoy con el agua al cuello!

Dib. TROFF.—Valencia.



# Concurso morrocotudo y originalísimo



Esto es un "puzzle", suponemos que ya lo habrán adivinado ustedes. Lamentamos que se llame de esa manera tan fea, pero así se llama y no podemos hacer nada para evitarlo.

También se llama rompecabezas, pero esto es más feo todavía. Así es que lo llamaremos "puzzle", y sea lo que Dios quiera.

Pues bien: lo que tienen ustedes que hacer es recortar concienzudamente estos trozos de arte informe y construir con ellos una bella escena de amor en una lujosa estancia, amueblada que da gusto, que es lo que resulta de la oportuna "casación" de unos pedazos con otros. Hecho esto, les quedará a ustedes una parte (en el matemático centro del dibujo resultante), para la cual no existe el trozo correspondiente, porque nosotros nos hemos quedado con él, en uso de nuestro perfectísimo derecho.

No obstante, diremos que ese trozo

que falta representa el objeto que entrega el enamorado galán a la tierna dama que le escucha en la lujosa y confortable habitación.

Resumiendo: el lector que nos envíe el "puzzle" reconstruido y la explicación más graciosa del objeto que el galán entregue a la damisela será galardonado con la importante suma de ¡¡CINCUENTA PESETAS!!, todas legítimas y perfectamente acuñadas. Y para llegar a tal fin publicaremos todas las explicaciones que se nos remitan (con el nombre de sus autores al pie), antes de tomar la determinación sensacional de otorgar el premio.

¡Ah! Se advierte que el premio se

otorgará a la explicación (escrita o dibujada) más graciosa, aunque el explicador no acierte con el referido objeto que entrega el galancete a la damita. Es decir, que el concurso no será declarado desierto de ninguna manera.

¡De modo que ánimo y acierto!

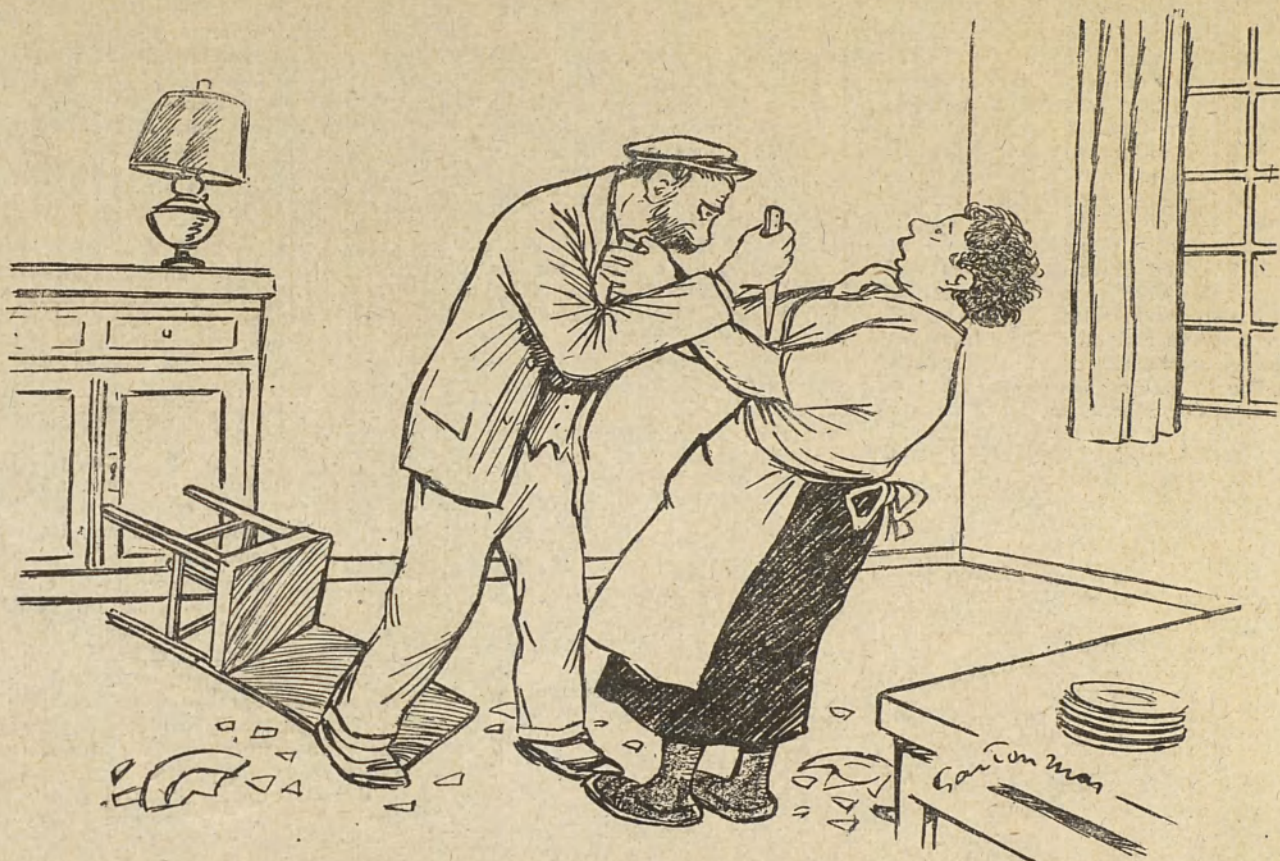
Y no tendremos que decir que para reconstruir el "puzzle" es preciso pegar con goma los trozos en un papel o cartón "ad hoc". Así, al recibir las soluciones, podremos decir con inefable satisfacción que nuestros lectores vienen pegando.

Y para terminar de una vez, el "puzzle" y su explicación humorística deben enviarse en un sobre, firmados por sus autores, y con las señas de su domicilio, salvo el que no lo tenga, que todo podría ocurrir.

El concurso quedará cerrado a piedra y lodo el 31 de marzo.

Y, ni media palabra más.





Ella.—¡No! ¡¡No me mates con ese cuchillo, que es nuevo y me va a regañar la señorita!!

Dib. GESTÓN MÁS.—Paris.

## Ecós de algunas partes

Según nos hace saber nuestro forzado y cultísimo representante en El Cairo, la bella esposa del ministro plenipotenciario de Checoslovaquia se encuentra encinta, y, al mismo tiempo, su hija menor está en tratamiento para expulsar la solitaria.

Pensándolo bien, sacamos la nítida consecuencia de que ambos estados resultan bastante antagónicos. O, dicho con toda claridad: que la madre está encinta, y a la hija le pasa lo contrario: que la cinta está en ella.

Nos alegraremos de verlas buenas.

\*\*\*

Al fallecer anteayer en Londres el banquero Samuel Winipeg, y al pasar a ocupar su sitio en el furibundo ataúd como era su obligación, hubo un pequeño lío que tuvieron que deshacer los parientes para evitar mayores males.

La capilla ardiente había sido ins-

talada en las oficinas, y precisamente se entraba en ella por una puerta en la que decía:

HORAS DE CAJA: DE 9 A 12

Y, ¡claro!, hubo que cambiar el rótulo por otro, en el que leyeron los atribulados visitantes la siguiente y sabrosa serie de palabras:

“Por desgracia para el banquero Samuel Winipeg, las horas de caja serán veinticuatro en su domicilio y una barbaridad incontable de ellas en el cementerio.”

Y así se evitaron las confusiones, los chistes, las interpretaciones erróneas y demás zarandajas que hubieran ocurrido sin el letrero salvador.

\*\*\*

En un suculento y sesudo periódico de Barcelona hemos leído con espanto un tremebundo anuncio en el que se dice lo que sigue (omitimos nombres porque no es cosa de insertar

aquí gratuitamente los pormenores del reclamo en cuestión):

“BORRACHOS.—Durante los días tal y cual, del mes cual, se hallará en esta ciudad, en el hotel Mengáñez, de la calle hache, número equis, el doctor Fulano, de la ciudad de ene. Médico especialista en las enfermedades producidas por el abuso del alcohol. Tratamiento propio para hacer que desaparezca el vicio de embriagarse sin que lo note el interesado. Horas de consulta, de diez a seis. Consulta gratis para los pobres, de ocho a nueve.”

Este anuncio, un poco norteamericano, nos ha perplejizado un rato bastante largo. No conocemos tratamiento posible para evitar que un honorable ciudadano agarre una curda en el sitio que la halle. La jumera es un imperativo fatal a la par que universal. En España se ha apelado a toda clase de tratamientos (incluso al de usía) para hacer que los borra-



chos con título profesional se dediquen a otra cosa y aborrezcan el vino. Se les da malo, y lo beben; se les echa agua, y en vez de atizarse un frasco, se atizan tres; se les sube de precio, y en lugar de pagarlo, se lo adeudan al tabernero; les pegan sus esposas con una estaca con incrustaciones de nácar y cantoneras de plomo, y para olvidar la tragedia conyugal beben otro poquito.

Se ha dado el caso de prohibir el coqueo a las doce de la noche y de que un empedernido vitícola se haya introducido en una farmacia y haya adquirido una botella de vino ferruginoso, con lo cual, en vez de quitarle hierro a la borrachera, se le ha añadido.

Resumen: que no hay manera; y ya se convencerá el doctor anunciante de que no la hay.

Además, hay otro punto incongruente en el reclamo: ¿Cómo se debe ir a la consulta, borracho o fresco?... Creemos que habrá que ir fresco, pues el que vaya borracho no consentirá en pagar al doctor sus honorarios, porque ya es bien sabido que los borrachos le pagan unas copas a cualquiera, pero nada más.

Y no hablemos del peregrino final del anuncio: de la consulta gratis para los pobres.

Esa es, seguramente, una ironía suave y delicada del eminente facultativo.

Los pobres generalmente no tienen

dinero, y sin dinero no hay forma de emborracharse, por lo menos en España. En Jauja (provincia de ídem) tal vez la haya, pero pilla un poco lejos, y para los pobres, que han de ir a pie, más todavía.

Creemos, pues, que el final del anuncio, más que nada, es una repetición del mismo; una redundancia que decimos los de Cáceres.

Léase, por tanto, en vez de consulta para los pobres, consulta para los pobres borrachos, o sea una lamentación del doctor ante las dificultades de su benemérita tarea.

En la cual, me apuesto un quince duplicado de Valdepeñas a que fracasa.

El vino cada día gana más adeptos, y las pruebas son numerosas e irrefutables. En tiempos de Don Juan Tenorio, como ustedes han oído infinitas veces, decían los juerguistas:

—¡Bebamos antes!

Ahora se dice:

—¡Bebamos antes y después, y mucho después!

Y además de que se dice, se hace.

Y se hace bien, ¡qué caramba!...

¡Para cuatro indecentes días que va uno a vivir..., a beber!

\*\*\*

El señor conde de Romanones, por conducto de la prensa, ha advertido

a sus amigos que el jueves próximo se quedará en su casa.

¡Que sea por muchos años!, decimos nosotros.

Porque si el viernes vuelve a salir, no hemos adelantado nada.

\*\*\*

Se dice que es en Belchite del Camino donde hay un sacerdote que, por no se sabe qué desafortadas influencias, además de decir todas las misas que le da la gana, sin que nadie le discuta su derecho, está encargado del único estanco que hay en el pueblo. Su parroquia (la de la iglesia) y su parroquia (la del estanco) la constituyen las mismas personas, pues ya fuman también allí algunas señoras, acatando la moda que hoy reina tiránica y demoledora en el mundo entero y sus alrededores.

Mientras el cura dice misa, el ama (qué, aunque es el ama, no es más que una criada) despacha cajetillas; y, después de comer, el buen sacerdote expende sus acreditados puros canarios, muy apreciados en Belchite del Camino para después del café, los cuales puros extrae con galante sonrisa del mazo correspondiente.

Y aquí tienen ustedes la clarísima explicación de la frase que ha dedicado al admirable cura un vecino de la localidad:

"A Dios rogando, y con el mazo dando!..."

Frase, por cierto, un poco inexacta, porque el sacerdote no da lo que hay en el mazo, sino que lo vende, y no digamos que muy barato, sino con la mayor utilidad posible, ¡qué caray!...

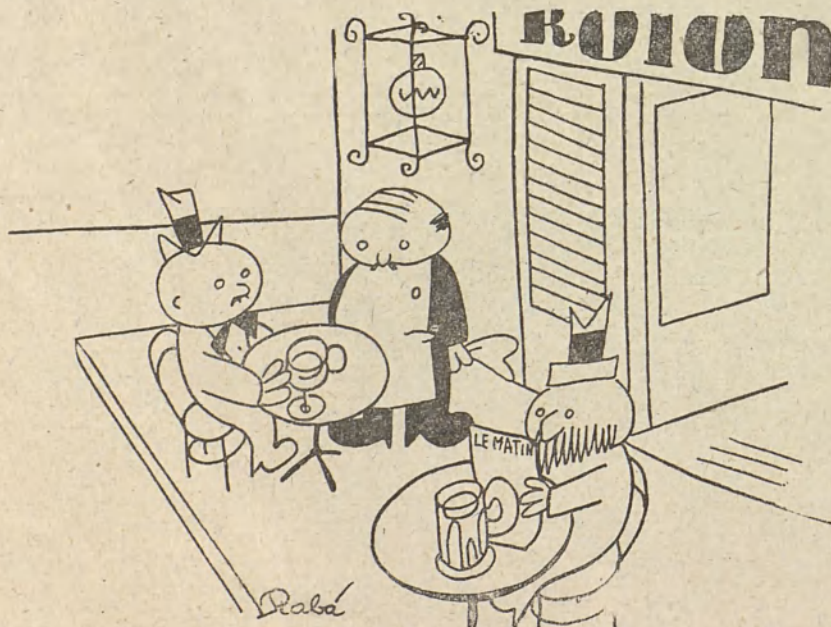
\*\*\*

En la Scala de Milán debutó hace poco un irreflexivo tenor con la conocida ópera "La Africana", que, cantada por él, resultó desconocida. A los pocos momentos de salir a escena, soltó un "gallo" tan descomunal que parecía un avestruz. El público le silbó con absoluta unanimidad, y el tenor, en venganza, atizó otros dos "gallos" juntos, que le salieron como si estuvieran riñendo de un modo sanginario.

No hay ni que decir que se alborotó el "gallinero", y que aquello no se hubiese quizás acabado nunca si a un espectador furibundo no le hubiera dado la idea de lanzar el siguiente apóstrofe con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Canalla!... ¡No cantes más "La Africana"!...

Inútil nos parece decir que el tenor se quedó muerto en el acto...



El camarero.—El refresco que ha tomado ¿era de fresa o de zarza?

El parroquiano.—No sé; pero sabía a zotal.

El camarero.—¡Ah! Entonces era de fresa. Los de zarza saben hoy a chinchés.

Dib. RABÁ.—Santander.



En el acto cuarto, que era el que estaban representando.

\*\*\*

Hay un mozo de cuerda en la estación del "quai d'Orsay", de París, que tiene preocupados a todos los médicos de Francia.

Al principiar el verano se le llena al pobre hombre la cabeza de forúnculos y no hay manera de aliviarle hasta que llega octubre.

Y un mozo de cuerda que, además de tener bultos en la estación del "quai d'Orsay", los tiene en la estación veraniega, resulta realmente digno de compasión y de estudio.

\*\*\*

Según un eminente profesor de Gramática de Villaviciosa de Odón, el simple cambio de una letra, de una coma o de un acento puede variar la esencia de las cosas de un modo que le deja a uno estúpido de asombro. Por ejemplo, la expulsión de los judíos es un hecho histórico que revolucionó al mundo, y la expulsión de las judías no pasa de ser un hecho corriente que no revoluciona a nadie, más que al interesado. Si escriben ustedes la frase "Juan tiene hambre" y la acaban con un punto, no sucede nada; y, en cambio, si después de decir que el hambre de Juan es espantosa, ponen ustedes "coma", Juan lo agradece y se atraca como un bestia. Y, finalmente, la palabra "catalán" lleva acento, ¿verdad? ¡¡Pues pongan ustedes un catalán sin acento, y les levantan a ustedes una estatua por haber descubierto la maravilla más grande del siglo!!...

\*\*\*

En Nápoles hay un gigante sinvergüenza que enciende los pitillos en el mismísimo cráter del Vesubio.

Por supuesto, los enciende porque no son de la Arrendataria, que si lo fueran, se aburriría el gigante y se aburriría el volcán, y no habría miedo de que les molestase el humo a los curiosos.

\*\*\*

El crimen más espantoso que conocemos es el cometido en Francia por madame Bassarabo que, como ustedes recordarán, hizo unos cuantos divertidos pedazos de su víctima y los metió en un baúl mundo con gran tranquilidad, limpieza, prontitud y economía.

Y fíjense ustedes en lo originalísimo del lance. Madame Bassarabo empezó por mandar al pobre hombre al otro mundo. Después lo partió, vol-

viéndose loca por sus pedazos. Y, finalmente, lo envió a otro mundo (que era el baúl), y de esta guisa lo condujo a la estación para facturarle en doble pequeña.

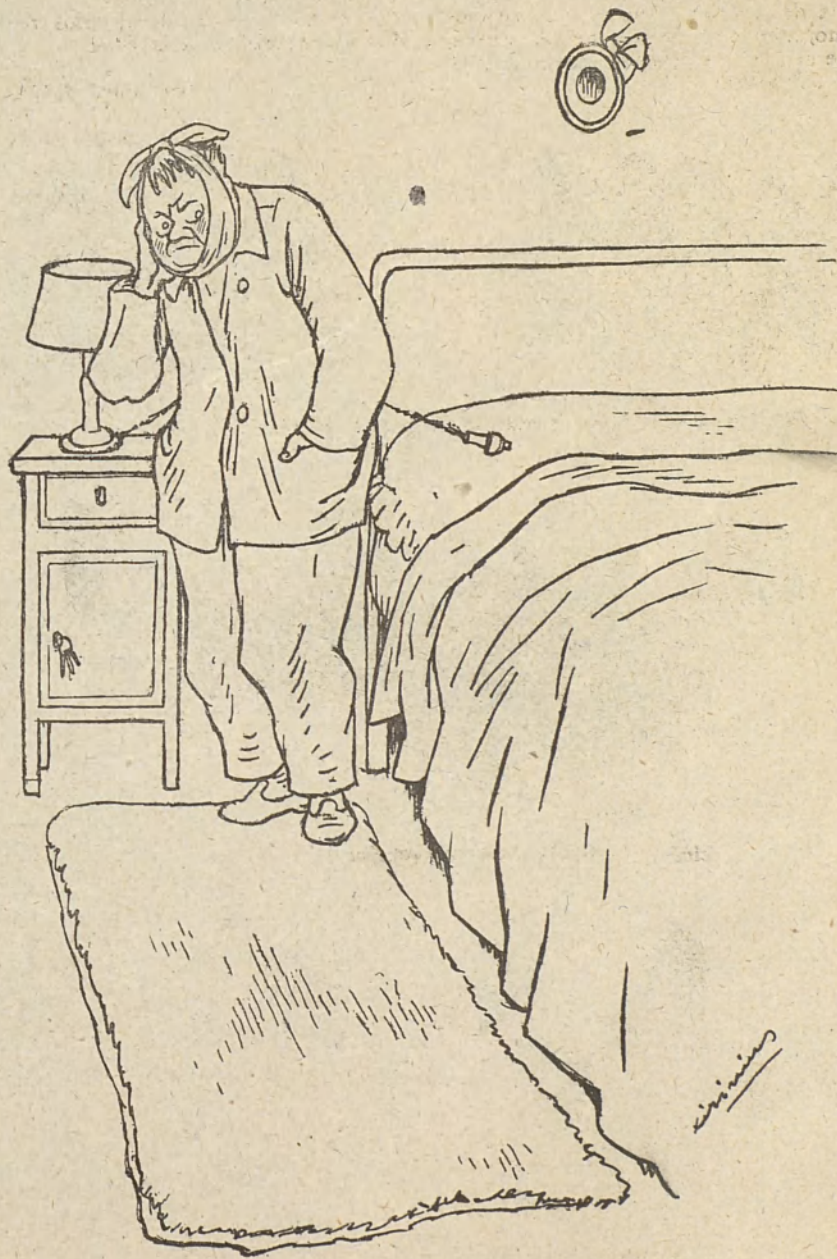
Y a ver qué cadáver puede decir que ha hecho más viajes y ha recorrido más mundos en menos tiempo y por menos dinero.

\*\*\*

En Fontainebleau hay un reloj mecánico que no toca las horas más que cuando se le echa una moneda de cinco francos.

Registramos el caso por tratarse del único reloj del mundo que, en lugar de dar la hora, la vende, que es mucho más práctico.

ERNESTO POLO



El (que tiene mucho dolor de muelas y no sabe con quién desahogar su ira).—¡Cómo me gustaría que entrasen ladrones!

Dib. XIRINIUS.—Barcelona.



# Chistes de todo el mundo

En el teléfono público:

—¡Caballero! Llevamos una hora aguardando y está usted con el auricular sin hablar una palabra.

—Es que estoy hablando con mi señora.

(De Utah, Humberg.)

La adivinadora. (Consultando la bola de cristal.)—Veo un hombre moreno, que se acerca, que se acerca, que se acerca... Tenga cuidado con él. Es peligroso.

La señora.—Ya, ya. Me ha amenazado con llevarse los muebles si no me pongo al corriente en los plazos.

(De Ulk, Berlín.)

—¿Cómo se arregló el doctor para curar tan pronto a Miss Ederly su enfermedad de los nervios?

—Le dijo que los desarreglos nerviosos son debidos a la edad.

(De Lord Jeff.)

—Creo que Napoleón era mejor mariscal que Bonaparte.

—Pero si Napoleón y Bonaparte eran idénticos.

—Sí, pero Napoleón era más idéntico.

(De Arizona Rrtty Kat.)

El marido.—No puedo averiguar cuál es la entrada y cuál es el pie de estos calcetines.

La mujer.—Eres un idiota. El agujero más grande es la entrada, y la colección de pequeños agujeros es el pie.

(De Pages Gaies, Iverdon.)

—¿Cómo es que usted tiene tanta práctica y es usted tan querido de sus enfermos, doctor?

—A aquellos que están realmente mal les digo que están bastante bien, y a los que se imaginan que están enfermos les hago creer que están muy mal.

(De Faun, Viena.)

El penitente.—He robado un pollo de un gallinero.

El cura.—Muy mal hecho.

—¿Quiere usted aceptarlo, padre?

—No; yo no recibo objetos robados, de regalo. Devuélvelo a la persona a quien se lo has robado.

—Pero se lo he ofrecido y no lo quiere.

—En ese caso puedes quedarte con él.

—Gracias, padre.

Al llegar a su casa, el cura se encontró con que le habían robado un pollo.

(De Humomet, Hamburgo.)

La novia.—¿De verdad, me amas mucho?

El novio (maestro).—Querida mía, los tres últimos meses, el único castigo que yo he impuesto a mis discípulos ha sido copiar tu nombre.

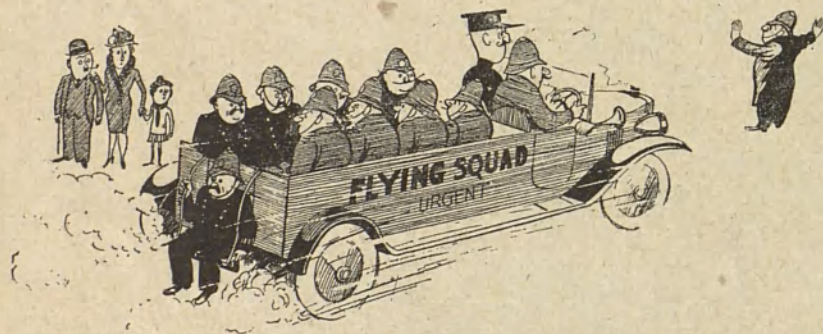
(De Dorfbarbier, Berlín.)

El guía alpino.—Tener cuidado, no caer aquí. Es muy peligroso; pero si ustedes se caen, acuérdense de mirar a la izquierda, que hay una vista maravillosa!

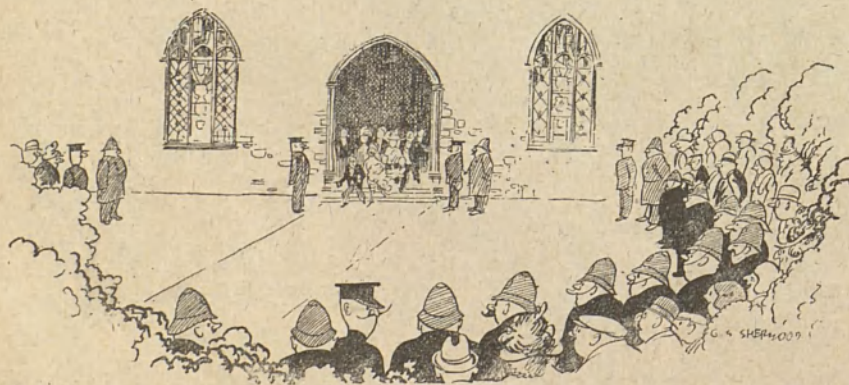
(De Die Lustige Kiste, Leipzig.)



Algo muy grave ocurre cuando la policía se moviliza...



¡Un acontecimiento verdaderamente trágico...



Y en efecto: se trata de ¡una boda!

(Dib. The Passing Show.)





## El tío de los relojes

Por G. Beaumont

La primera preocupación de Pablo Palaviso, cuando su joven esposa le dió un hijo, fué advertir a Constante Malibou de la existencia del niño.

Quincuagenario, soltero y riquísimo, Constante Malibou desempeñaba en la vida el ingrato papel de tío rico.

No es que los Palaviso fueran pobres. Nada de eso. Pero, sin serlo, tampoco eran millonarios. Y esto explica el fervor con que trataban a Malibou.

Ahora bien: éste saludó de manera bien rara la llegada de Federico Constantino. Y le envió a la criatura un reloj de pared.

La señora Palaviso, débil aún, tuvo una crisis. Su marido..., ¡piadoso silencio! En cuanto al destinatario, soñaba aún con los angelitos.

—¿Qué se propondrá este viejo pillastre? ¿Inculcar la noción del tiempo en mi hijo?—gimió la madre.

—No te enojés, querida. El año próximo al tío se le ocurrirá algo mejor. Esperemos.

Los Palaviso, y, al llegar el primer aniversario del nene, Malibou manifestó nuevamente su generosidad con el envío de un segundo reloj de pared.

Temblando de rabia, Alicia Palaviso lo colgó en el comedor.

—¡Sí que vamos bien! El año pasado, un reloj Luis XIV para el salón. Ahora tendremos que comer bajo la protección de ese horror. Representa la extravagancia de un maniático. ¡Qué regalo para una criatura!

El niño, que estaba echando sus dientes, no se dió por aludido.

Y permaneció indiferente cuando un tercero lo saludó a los dos años. Esta vez el tío había dejado margen a su genio e imaginación. El objeto en cuestión representaba una bayadera, que ofrecía, como particularidad anatómica, una esfera a guisa de estómago.

Alicia Palaviso tuvo un ataque de nervios, durante el cual su marido metió la bayadera en el ropero. Al año siguiente el tío, que parecía decidido a proveer de relojes todas las habitaciones, envió uno con un grupo escultórico que representaba el asesinato del príncipe de Orange, que fué destinado a la habitación de los huéspedes.

Después de lo cual fué a la alcoba de los Palaviso, a quien tocó el turno de embellecerse con una especie de tumba macedónica.

Entonces la señora Palaviso tuvo una idea.

—Federico—le dijo a su pequeño—,

tienes ya seis años, ángel mío. Sabe Dios que no deseo disminuir en nada el respeto que debes sentir por tu tío y padrino, pero habrás podido darte cuenta que no tiene imaginación. Sabes escribir. Escríbele, pues. Yo te voy a dictar una carta.

Dócilmente, Federico escribió lo siguiente:

“Mi querido tío y padrino: Te agradezco que me hayas regalado, hasta ahora, estos admirables relojes, que maravillan a todos nuestros amigos y gracias a los cuales he llegado a ser, como tú, un modelo de exactitud. Pero ¿podrías tener la bondad de mandarme más bien soldaditos el año próximo?...”

Llegó el siguiente cumpleaños, llegó una enorme caja, y cuando la señora Palaviso hubo deshecho el embalaje, lanzó un grito de angustia.

En el fondo de la caja brillaba un nuevo reloj. Pero el tío había respetado los deseos de Federico. El ornamento representaba un cuadro de la guardia napoleónica en Waterloo. Y era bien

difícil imaginar soldados más soldados que aquéllos.

—La vez próxima le pedirás una bicicleta—aconsejó Palaviso—. No llores, nene. No hay relojes con bicicleta.

Sí, existía. De dónde la obtuvo Malibou es un enigma. El caso es que el prodigio llegó en su oportunidad y desencadenó una lucha feroz entre la ingenuidad de Malibou y la imaginación de los Palaviso.

Inspirado por sus padres, Federico pidió, sucesivamente, un cocodrilo, una antena de radio, un submarino, la torre Eiffel, un juego de cricket, una reina india, la luna. Los obtuvo. Obtuvo también: la toma de Jericó, las palmas académicas, una lamprea y un uniforme de artillero, y todos con su correspondiente reloj.

El piso de los Palaviso se había convertido en un museo infernal que daba las horas, tañía, sonaba, golpeaba, vibraba y campanilleaba. La señora Palaviso había caído en la más negra neurastenia. Federico había exigido que lo pusieran de interno en un colegio, y Palaviso dormía en cualquier parte, con tal de no entrar en su casa. Una común esperanza los sostenía, de todas maneras. La herencia Malibou. Malibou no viviría eternamente, y el día de su muerte todos los relojes serían destruidos con furor.

Malibou murió, arrancándoles un grito de júbilo. Los Palaviso corrieron en seguida a casa del notario.

Y el notario les leyó lo siguiente:

“Deseoso de hacer de mi sobrino Federico Constantin Palaviso un hombre puntual y exacto, digno de la fortuna que deseaba legarle algún día, resolví regalarle, poco a poco, una colección de relojes. De este modo, le fui enviando uno en cada cumpleaños. Pero el muy imbécil, inspirado por padres de los cuales perpetúa la imbecilidad y la falta de buen gusto, volvió ridícula mi generosidad y me hizo, cada año, los pedidos más estrafalarios. Para que ello les sirviera de castigo, accedí a sus deseos.

“He gastado toda mi fortuna. Un ejército de orfebres de todos los países del mundo me ha arruinado, todo por satisfacer los caprichos insensatos del pequeño idiota. Le dejo, pues, en herencia esos ejemplares, todos únicos en su género, y la expresión de mi más absoluto desprecio por él y por sus progenitores.—Constante Malibou.”

P. L. M.



LOS PEQUEÑOS INVENTOS

Un barómetro sumamente práctico...





Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Visita de médico.

—Vamos a ver el enfermo.

¿Le dieron a tomar la medicina que le receté ayer?

—Sí, señor.

—¿Y qué tal le ha sentado?

—Figúrese como me habrá "sentado", que no me puedo levantar.

El Carbonero.—Madrid.

Un señor trataba de encender el cigarro, y cada vez que acercaba la cerilla a la boca

El premio correspondiente al chiste del número anterior, ha sido declarado desierto.

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

## BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.

donde tenía el pitillo, un muchacho iba por detrás, daba un soplo y se la apagaba. A la tercera vez estuvo prevenido y pudo agarrar al chiquillo...

—¿Quién te enseña esas cosas, sinvergüenza...?

—Mi padre...

—¿Y quién es tu padre, insolente?

—El bombero, ése que vive en la esquina.

Hércules.—Enguera.

En una casa de huéspedes:

—O me paga usted el pupilaje de los dos meses que me debe o se marcha ahora mismo de casa.

—Gracias por las facilidades. La patrona anterior me exigió las dos cosas...

Montañés.

## CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito. Modelos desde 2,50 pesetas.

ROMERO — Fuencarral, 68

Cosas de chicos.

—Oye, mamá; ¿a la muchacha también la castigáis por mala?

—No, hijo mío. Gervasia es muy buena.

—Pues el otro día le dijo a papá que era un castigador.

Julio Sanz.—Madrid.

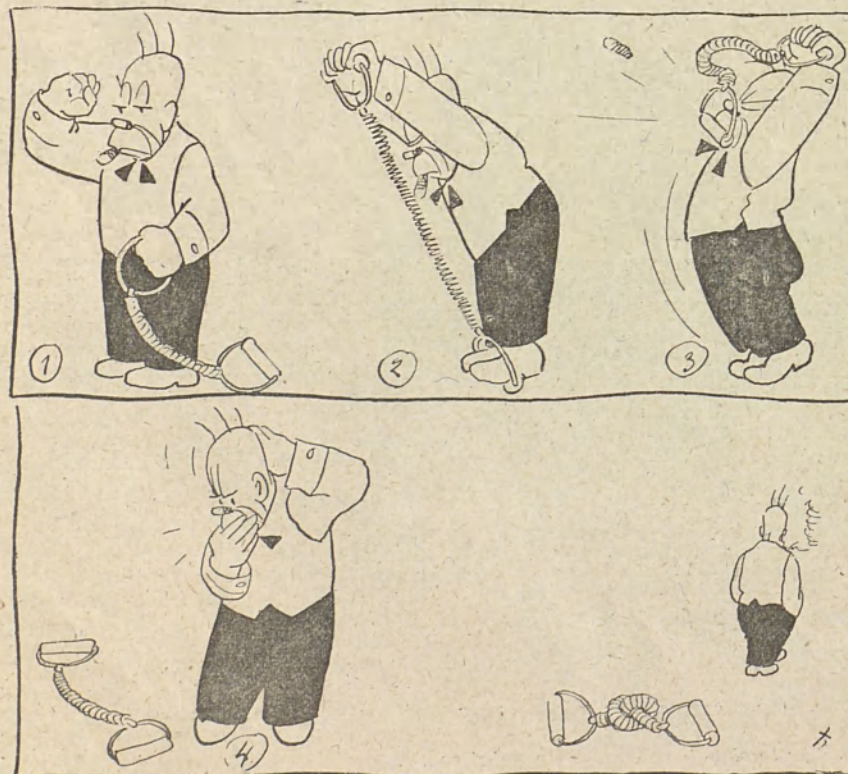
Un pobre diablo va a consultar a una sonámbula, a la que interroga acerca de la suerte que le está reservada.

La sonámbula le contesta: —Será usted víctima de la miseria hasta los treinta años.

—¿Y después?

—Después ya estará usted acostumbrado a ella.

Vicente Torres.—Madrid







### SIN TRASCENDENCIA

—¿Qué ocurre?  
—El vecino del cuarto piso, que ha estrangulado a su mujer; y la señora del tercero, que mató a su marido...  
—¡Ah!... ¡Yo creía que pasaba algo de anormal!

(De Journal Amussant.—París.)

### SIEMPRE PRESA

Sostenes — Fajas — Corsés  
Fuencarral, 72.—Tel. 51135

—Pues papá en la lactancia llegó a tener a la vez diecisiete amas de cría.

—¡Qué manera de succionar! ¿Sería el campeón de la gota de leche?

—Era incluso.

Gregoriof Lagüiskiff  
(Escalona)

No hay rincón del mundo que no conozca yo. Yo he vivido en barrios tan peligrosos que los aperitivos en los bares los servían en las bocas de los cañones de las pistolas...

—¡Ah! Pues eso no es nada... Yo conozco un barrio golfo donde al que lleva allí doce pesetas le suelen quitar quince...

Ardura y Múgica

Un señor interroga a un hombre que lleva un gallo en cada mano:

—Diga, buen hombre. ¿Por dónde se va a la estación?

—Por allá—contesta el aludido alzando una mano.

—Bueno, bueno; pero para decirlo no hay necesidad de alzar tanto el gallo.

SO-DA.—Valencia.

En la plataforma de un tranvía:

¿De modo, Paco, que te quedaste viudo?

—Sí, Luis, desgraciadamente; mi querida esposa al morir, se llevó mi vida entera; desde que estoy solo, noto aquí un vacío...

Un carterista, que acaba de "limpiarle" la cartera y no está en el diálogo:

¡Caray!, ¿se habrá dao cuenta?

Manuel Salgado.—Madrid

Entre aurigas.

—El negocio de coches de alquiler lo han matado los "taxis", desengañate, Exuperio; esto ya no da de sí.

—Pues no lo comprendo.

—¿Por qué?

—Porque siendo de punto...

Juan Etudo.—Madrid.

En el colegio:

El maestro.—¿De dónde se saca el azúcar?

El alumno.—Del azucarero.

Licenciado San Román

Se alquila un cuarto.

Casero.—Son cuatro habitaciones; precio cien pesetas; pero como yo vivo aquí, no se admiten chicos, ni perros, ni gatos, ni gramófono, ni altavoz...

Inquilino.—Oiga usted. ¿No se molestará si mis botas hacen ruido?

Angel del Castillo.

Acertijo.

¿Sabeis para qué vino al mundo el ex ministro señor Bergamín?

Pues para quitarle la celebridad al sargento Utrera (que reventó de feo).

Antonio Romero (Sevilla).

Entre amigos:

—¿Qué tienes, Pedrín?

—Creo que la gripe.

—Pues es una enfermedad mala.

—¿Por qué?

—Porque se queda uno imbécil.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque ya la he tenido.

Una del "Rosalia de Castro".

La astucia de Celedonio.

Cleto y Ana se casaron jurándose eterno amor; los meses así pasaron en su nido encantador.

Mas el tiempo transcurría y esperaban con paciencia llegase el ansiado día que tuviesen descendencia.



—Pero, mujer, ¿cómo puedes afirmar que he venido anoche a casa borracho, viéndolo por las huellas que he dejado que no vine haciendo eses?

(De Dublin Opinion.)

Llegado el feliz momento que aguardaban con cariño, Cleto, le pongo si es niño. dijo el esposo contento. Porque a ti te de la gana así no debe llamarse; si es hembra su nombre es

[Ana,

si es varón, pues conformarse. Ana dió a luz en verano un rubio y hermoso niño; y Cleto se muestra ufano besándole con cariño. Discutía el matrimonio cómo había de llamarse; lo arregló don Celedonio, el que así empezó a explicarse:

perdonar si yo me meto en una cuestión privada, dijo Celedonio a Cleto teniendo razón sobrada. Tu mujer se llama Ana, y como tu nombre es Cleto, al bautizarle mañana le inscribís como Ana-Cleto.

León Cembrano (Madrid).

En una estación del ferrocarril eléctrico se hallaba el tren parado más del tiempo reglamentario.

Un viajero impaciente, preguntó:

—¿Qué ocurre?

El jefe.—No hay corriente.

Otro viajero distraído.—Si no hay corriente, venga rioja.

Pozocoeche (Vizcaya).

—¿Cuál es la sociedad secreta de la mujer?

—¿...?

—La Liga.

Paulino Gallego (Madrid).

El doctor diagnosticando:

—Tiene usted úlcera, apendicitis y piedra en el riñón. Primero empezaré por abrirle, y luego, cerrar, y si el resultado es negativo, abriremos de nuevo.

El enfermo asustado.—Yo creo, señor doctor, que para serle menos costoso me debía colocar unas bisagras.

Gonzalo Príncipe (Madrid).

### CUPON

correspondiente al núm. 433 de

### BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.





# CORRESPONDENCIA

## MUY PARTICULAR



Chichó. (Barcelona).

¿Por qué eres tan bestia,  
[Chichó?

¡Mira que te lo hemos dicho!

Lo menos doscientas veces, y bajo doscientos pseudónimos diferentes. ¡Y tú, nada! ¡Empeñado en seguir progresando! ¡Y nosotros aterrados de pensar adónde vas a llegar!

A. M. G. (Madrid).—Es todavía muy pronto para hablar de San Isidro. ¿Por qué no ha dedicado usted su artículo a hablar de San Helióforo o de Santa Clamarta, que son santos que están de actualidad en todas las épocas?... ¿Es que no conoce usted a esos santos?... ¡Pues perdóneme que le digamos que es usted un malísimo cristiano, y que el cielo hará perfectísimamente en castigarle!...

Para camisas a la medida

**Madrid-Viena**

**M. PEÑA**

Montera, 41.—Tel. 16662

C. L. G. (Cádiz).—Si los delitos literarios se pagasen en el cadalso, hace muchos años que sería usted un pavoroso y macabro esqueleto.

P. R. E. (Madrid).—¿Diatribas contra las mamás políticas, con lo que aquí queremos a tan adorables señoras? ¡Quite usted, hombre! ¡Ni que fuéramos unos macedonios sin corazón!

E. L. B. (Valladolid).

Su artículo deshonesto velocísimo ha ido al cesto.

T. Q. B. (Oviedo).—Su poesía nos interesa menos que las contrariedades amorosas de las moscas.

J. G. M. (Madrid).—De los tres que envía, aceptamos uno para que usted no palidezca del disgusto. Pero a ver si lo hacemos un poco mejor, ¿eh?,

porque no siempre estamos aquí tan atacados de benevolencia como hoy.

R. C. F. (San Sebastián).—No reúne las condiciones que en esta casa se precisan para que nuestras bocas se abran con asombro y lancen gritos de frenética aprobación. Lo sentimos.

H. P. (Astorga).—No es una equivocación rotunda; pero, por desgracia, tampoco es un acierto estrepitoso.

C. T. A. (Madrid).—Los protagonistas de su cuento son, desde luego, unos ladrones dignos de sentarse en el banquillo. Pero, como compensación, el cuento es absolutamente inocente.

Y nada más que por ese pe-

queño detalle no le publicamos.

Amigo. (Valencia).

Perdona si te lo digo:  
¡qué asno eres, amigo Amigo!

E. Frías. (Zaragoza).

Dos cuentos nos manda  
[E. Frías,

certificados y todo, y son dos majaderías tan enormes, que no hay [modo.

Y esto último lo certificamos nosotros, para no quedar peor que el autor.

E. B. D. (Alicante).

No resulta interesante ni tiene el menor salero que usted pase en Alicante diciembre y parte de enero.

Y como eso es todo lo que viene a decir su crónica, queda aplazada su publicación hasta el día del Supremo Juicio Final, por la tarde.

A. C. S. (Toledo).—Se lo hemos entregado al redactor más benévolo de la casa, para que dictamine; y el redactor más benévolo, poniéndose más benévolo que nunca en su vida, nos acaba de decir que, a juicio suyo, no puede admitirse de ninguna manera lo que usted nos manda.

N. P. F. (Badajoz).—Es malo de verdad, para qué vamos a andar con paliativos.

S. B. L. (Madrid).—Pasa usted a lo profundo del alma bohemia del cesto de los peluchos irreparables.

M. D. V. (Barcelona).—Nos quedamos con una de las cuatro preciosidades que generosamente nos ha ofrecido.

U. L. R. (Vallecas).—Eso de que "...el pollino no es tan burro como parece", no deja de ser una opinión que respetamos y que no queremos discutir. Pero, díganos usted, ¿por qué usted que no es burro, parece tan polliño?... Si nos saca usted de esta duda apocalíptica, le viviremos eternamente agradecidos.

A. B. N. (Santander).—Su aviatoria disquisición ha alcanzado la rara suerte de hacernos algo de gracia. Entra en turno para su oportuna aparición en nuestras ilustres columnas.

Bande. (La Coruña).

Ilustre colega Bande: no me ha gustado su *Infolio*. Es una sandez más grande que el romano Capitolio.

Moncada. (Córdoba).

¿Y a qué viene esa guarrada, querido amigo Moncada? No le veo la tostada a hacer una cochinada para nada.



La famosa pitonisa madame Theba, busca sus gafas...

(De *Le Rire*, París.)





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

**DEPOSITARIO**  
**URQUIOLA. — MAYOR, 1**  
**MADRID**



# BUEN HUMOR



—¡Me ofendes al suponer que yo ~~no le presto atención de Madrid!~~  
—Si yo ya sé que tú no le prestas atención: tú se la regalas.

Dib. de PICON.—Madrid.